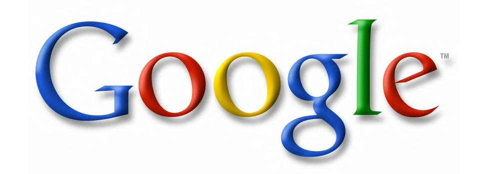
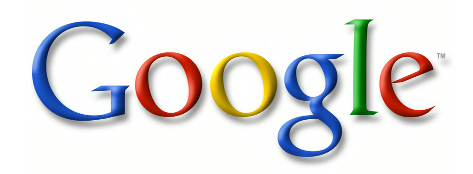
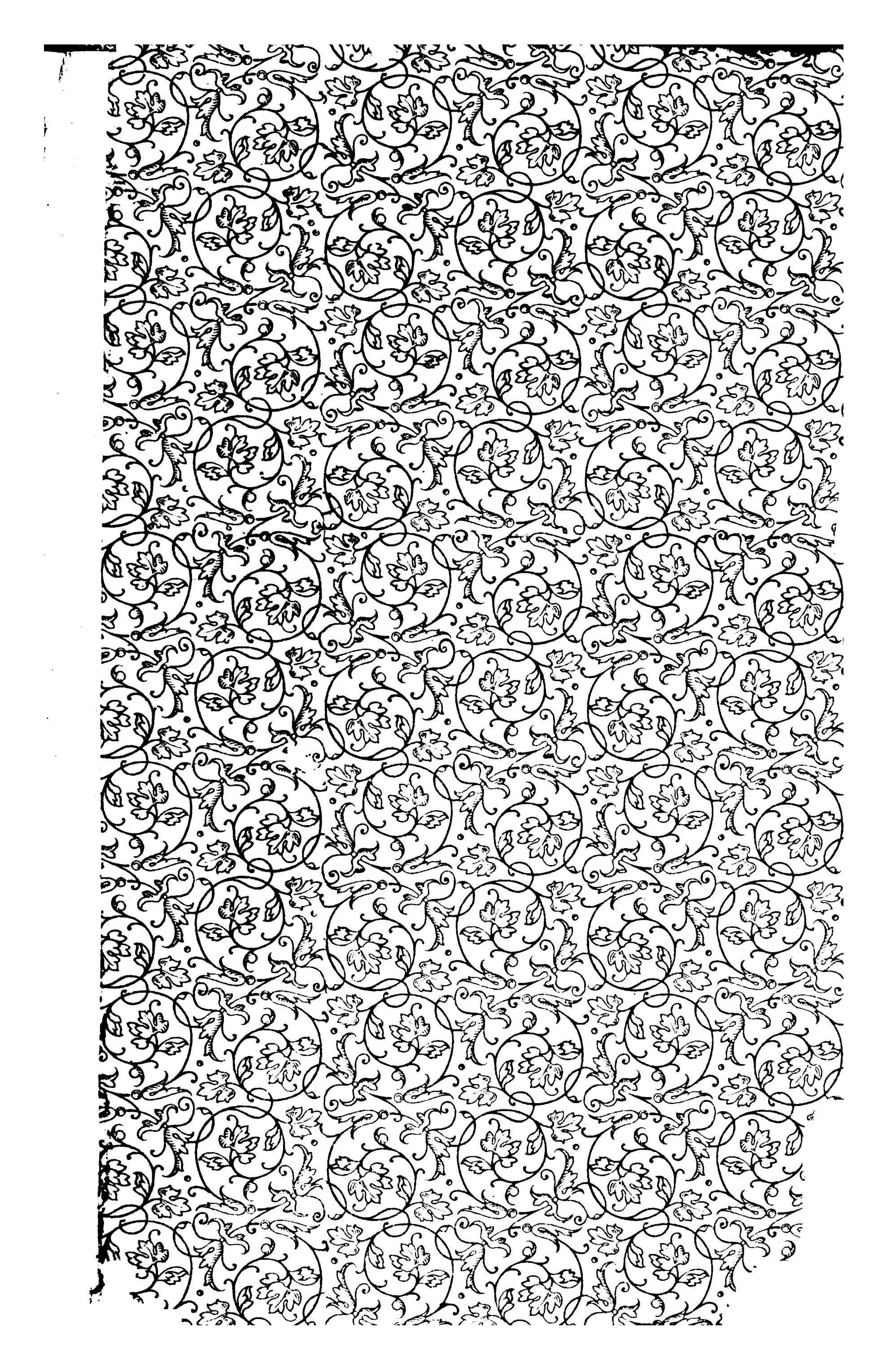
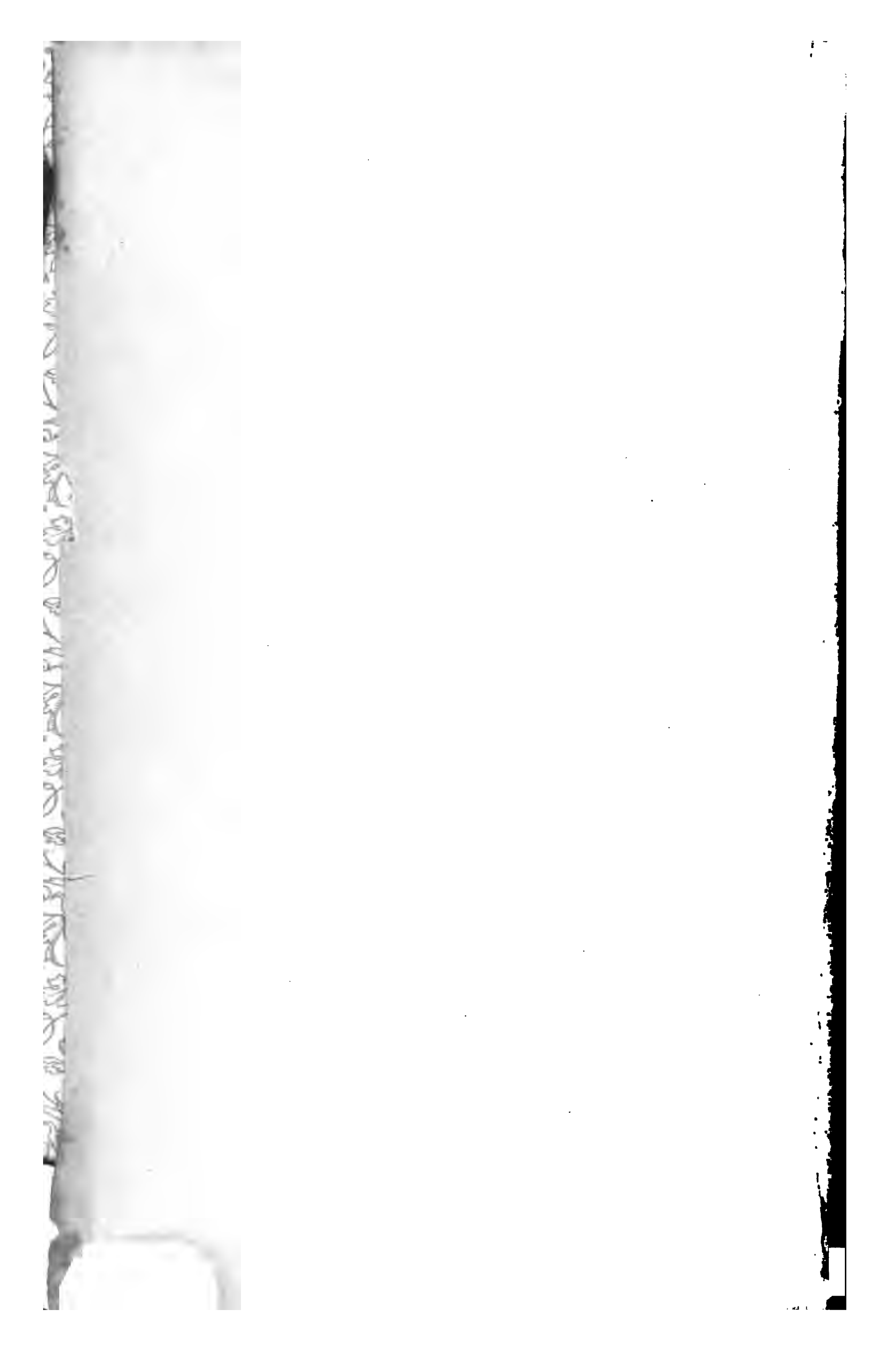










BIBLIOTECA BASCONGADA

DE

FERMIN HERRAN

Tomo 11

POESÍAS

DE

JUAN ARZADUN

PRÓLOGO

DE

MIGUEL DE UNAMUNO



1897. BILBAO

POESIA

DE

JUAN ARZADUN

BIBLIOTECA BASCONGADA

DE FERMÍN HERRÁN

Tomo 11.

POESÍA

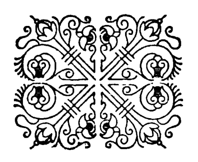
DE

JUAN ARZADUN

PRÓLOGO

DE

MIGUEL DE UNAMUNO



BILBAO—1897

Imp. de la BIBLIOTECA BASCONGADA.—Müller y Zavaleta.

JUAN ARZADUN

AL excitar á Arzadun á que, escogiendo de entre sus producciones literarias las que más le satisficiesen, las publicara, le prometí hacer un prólogo para ellas. Y cuando nuestro buen amigo el animoso Fermín Herrán decidió darlas á luz pública en su BIBLIOTECA BASCONGADA, le pedí tiempo para amañar mi prólogo, alegando que quería trazarlo con cuidado y esmero, cuando lo que en realidad buscaba era lucirme á expensas y cuenta de Arzadun, tomando pretexto de sus trabajos para disertar á roso y velloso de todo cuanto me viniese á cuento. Y ahora, que ha vencido el plazo de mi débito, no sólo me pesa de haber concebido tal propósito, sino que hasta se me aparece tarea vana la de presentar yo á Juan Arzadun. Mas como el tiempo me apremia y con él el vencimiento de mi promesa, y como no se me da, á Dios gracias, espacio para lanzarme á todo género de digresiones conceptistas, aun cuando sucumbiera, como otras veces, á la tentación de

hacerlo, voy á satisfacer la deuda escribiendo cuatro cosas acerca de Juan Arzadun y de sus trabajos literarios, lo más sencillamente que pueda, y ojalá fuese mucho más de lo que podré hacerlo.

Trátase para mí de un amigo en quien me será siempre imposible no ver más que al escritor, ente de razón ó ficticio fantasma, al que sacrificamos no pocas veces la propia personalidad íntima. Se trata de un hombre cuyo deseo ha sido siempre no desentonar, de un hombre á quien he oído decir más de una vez, que aspiraba á pasar su vida inadvertido entre la muchedumbre, al nivel de la línea media. Se trata de un poeta verdadero y como tal limpio de ruidosidades.

La amistad íntima de una parte, y de otra la comunidad de casta, harán, sin duda, que vea yo en los escritos de Juan algo suyo y nuestro, que apenas vislumbrará por vagos atisbos quien no le conozca ó no sea vasco como nosotros. Así es que estas líneas ni son ni afortunadamente pueden ser de crítica. Es para mí este poeta un hombre de carne y hueso, algo más que una cifra; es un amigo ante quien he dejado correr los anhelos de mi pecho. Nunca podré tomarlo de conejillo de Indias, ni de mero argumento de estudio psicológico. No en vano leyendo algunas de sus cosas las lágrimas han asomado á mis ojos.

Hay escritores para la crítica, el estudio y la

historia literaria; los hay para el pueblo y la emoción inmediata. De los unos dura más el nombre que el efecto; de los otros, más éste que aquel. A aquellos se les estudia y discute; á estos se les quiere y siente. Acaba de bajar á la tumba un hombre bueno que hizo llorar con sus escritos á nuestros padres y aún á muchos de nosotros, y los críticos han desahuciado con todo respeto su memoria. Tal vez alguno no le perdone las lágrimas que le hizo derramar de niño, debilidad infantil de que hoy se avergüenza el hombre curtido á no dejarse emocionar de sorpresa. Los nombres literarios durarán siglos tal vez; la labor de las lágrimas será eterna.

Vuelvo á Arzadun, cuyo nombre suena poco, porque con efectiva modestia no ha buscado para darse á conocer, fuera de la prensa periódica de provincias, otro camino que el más sencillo y más independiente, á la vez que el desdeñado por los *literatos:* los certámenes públicos. Sí, Arzadun ha sido un poeta de certámenes. El haber ido en Zaragoza á recibir la flor natural, atravesando por entre una multitud sencilla, y si se quiere, cursi, es un acto de modestia y de sencillez que le pone en muy otra región que aquella en que vagan solos y solitarios los poetas incomprendidos que odian al vulgo profano y trabajan para la posteridad. Es ese acto un hermoso arranque de verdadera independencia, de la que no conocen, por desgracia suya, los *independien-*

tes! Es mil veces más loable que hacer la rosca á los críticos de cartel.

Lo mejor suyo es, sin embargo, á mi juicio, lo que no ha llevado á los certámenes, sus artículos en prosa. Los prefiero á sus versos.

En la fisonomía espiritual de Arzadun lo primero que se me aparece son caras del alma de nuestra raza vasca. Es sano, bien equilibrado, vigoroso y sensible, fuerte y sencillo. Habla en uno de sus relatos del aldeano vasco «lleno de insuperable timidez y sonriendo con vaguedad, fuerte y bonachón como un Hércules adolescente.» De la raza de este aldeano, de nuestra raza, es Juan. Hay en él, como en casi todo vasco, la sobriedad de expresión que parece á primeras sequedad de afecto; los sentimientos, como robustos que son, se le visten de forma serena y clara y libre del engañador sentimentalismo que brota de sentimientos pulposos y flácidos, sin osamenta de conceptos que los sustenten y den cuerpo, y sin cutis que los preserve y defina.

En su poesía *Un veterano,* al hablar del viejo cañón que recibe á las golondrinas, nos dice que

parece que, bondadoso,
porque siempre lo es el fuerte,
él, instrumento de muerte,
acoge al bando anheloso
con el plácido cariño
peculiar del héroe anciano

del glorioso veterano
á quien la edad hace niño.

Rasgo es este de la bondad del fuerte que se repite en sus escritos. Admira la fuerza, y adora la niñez.

La niñez le atrae, siente como á nada al niño, y lo más hermoso que ha hecho son aquellos relatos de héroes infantiles como *Cabezota, Monín* y sobre todo *La noche buena del expósito,* lo que más me gusta de todo lo suyo. He sentido nudo en la garganta al leer como se le derrite el afecto al pobre expósito al oir el mugido suave y prolongado de la vaca casera, aquella voz llena de singular dulzura, «la fiera amenaza del toro salvaje hecha suplicante por domesticidad secular!» De *Cabezota* no puedo decir nada; Juan sabe bien por qué.

He derramado por publicaciones varias muchos escritos sueltos, y han pasado desapercibidos los más íntimos y sinceros, mientras no ha faltado quien tomase nota de los menos propios. En uno de los primeros, de los que me brotaron de dentro, se fijó Arzadun, de él me ha hablado muchas veces, con motivo de él me dedicó unos versos. Era el relato de las aventuras de un niño que se escapa de junto á su niñera. En este escrito adivinó acaso lo mejor mío; el espíritu que en él palpita es el que nos ha unido más, y más tarde hemos podido hablarnos de nuestros hijos,

sintiéndonos más íntimamente amigos al vernos padres. Sé que se acuerda de aquel Susín de mi cuento, de su escapatoria á través del campo, de sus terrores ante la pacífica vaca y el indiferente perro, de su angustia al sorprenderse solo, y de cómo empapado en llanto apoyó al llegar á su hogar la mejilla en la de su padre, y se durmió en los brazos de éste. Lo escribí hace años, y hoy es cuando comprendo lo que entonces escribí.

De su profesión,—en el Cuerpo de Artillería,—de lo que más me ha hablado es de las academias, de su labor de maestro de escuela de los soldados de su batería, niños también, niños grandes, sencillos y nobles. Está penetrado de ternura por la niñez.

La niñez! El recuerdo, más ó menos claro, de nuestra niñez es el ungüento espiritual que impide la total corrupción de nuestra alma. En las horas de sequedad y de abandono; cuando se toca el terrible *vanidad de vanidades;* cuando, fatigado el espíritu de la peregrinación á través del desierto, penetra en el terrible misterio del tiempo y ve abrírsele el abismo sin fondo de la nada; cuando, ante el polvo á que con el análisis lo hemos reducido todo, se ha convertido en terror loco «el estupor sin asombro, de los niños, acostumbrados á ver cosas inexplicables,» entonces se oye en el silencio los ecos dulces de la niñez lejana como rumor de aguas vivas y frescas de humilde arroyo que seguía fluyendo bajo

las secas y ardientes arenas. Y entonces, secas las fauces y resquebrajadas las entrañas espirituales, sedienta el alma hasta la agonía, se escarba con afán el suelo hasta descarnarse las manos, para descubrir aquellas aguas rumorosas y caer postrado de bruces y beberlas y recobrar vida con el manantial que, corriendo en oscuro subterráneo, preservó su pureza y su frescura.

De la misma fuente que su predilección por la niñez saca Juan el amor con que evoca los recuerdos infantiles de su pueblo natal, Bermeo, y el cariño á nuestra Vizcaya. Recuerdos de su Bermeo, del que los guardo yo también tan dulces, son *El islote,* que es el de Izaro, *El cementerio del pescador* y *Las campanas de la cofradía.*

Y si á su Bermeo lo siente y ve y quiere en sus recuerdos de niño y aún de adulto, en los más dulces de la vida, y en directas impresiones; nuestra Vizcaya tiene para él, como para todos nosotros, algo más de sentimiento reflejo y adquirido. A Vizcaya no podemos abarcarla de una mirada como él á Bermeo desde la altura de Sollube, y yo á Bilbao desde Archanda ó desde Arnótegui. La historia, memoria de las generaciones, tiene que venir aquí en ayuda de nuestra individual memoria. Su comprensión de Vizcaya resalta en el hermoso cuadro *El Nervión y el Cadagua,* arrancado á la historia de lugares, de cuyo íntimo espíritu se ha dejado penetrar en recogidos paseos por ellos. *Correo de Buenos Ai-*

res me recuerda á nuestro Trueba, que con el salmantino Ruiz Aguilera y el dulcísimo Querol, son los poetas españoles contemporáneos que más adentro me llegan.

No creo tan real y sincera su poesía *A la patria euskara*. Entra ya en ella el regionalismo literario y de cultivo artificioso, claro está que sobre fondo natural. Hago mal en decir que no sea sincera; sincera sí lo es, pero con sinceridad refleja, conseguida. No canta en ella el poeta espontáneo, el del nucleo primitivo, sino el formado por el ambiente literario regional.

Porque es de saber que hay en nosotros dos hombres; el uno que se produce centrífugamente, de dentro á fuera, brotando del fondo hereditario y de nuestro nativo temperamento, y es el hombre que trata de acomodar el ambiente á sí; y el otro el que se forma centrípetamente, de fuera á dentro, por los diversos sedimentos que en nosotros deja el ámbito, el hombre que trata de acomodarse al ambiente. De este segundo hombre, de este nuestro yo secundario ó adventicio, moldeado siempre, es claro, sobre el primario é ingénito, de este yo de aluvión brotan las poesías de Arzadun en que se descubre su profesión social y su cultura científica y literaria. Artillero de oficio y lector de afición, se descubre su cultura en poesías tales como el canto á *A la guerra*, *Armas y letras*, *El frío de Fausto*, etcétera. El canto *A la guerra* es valiente, está

lleno de *idea,* pero peca de intelectualismo y huele á las veces á ciencia no reducida á poesía, sino vestida de forma poética. Hay que saber ver, sin embargo, cierta ironía en el fondo de éste canto; el hombre interior no está de acuerdo con el exterior; el amador de la niñez, el que ha de ser padre, no se aviene del todo bien con el capitán de artillería.

En *El frío de Fausto* hay una frase atrozmente *científica,* y es esta:

La especie está hambrienta
Y os pide un sér nuevo.

Esto supone teorías meramente ideales, y es además poco poético... iba á añadir: aunque fuese verdadero, pero ¿cómo ha de ser verdadero si no es poético? Será á lo sumo racional. Lo poético, y por lo tanto lo verdadero, si es que no lo racional, habría sido decir que el amor, no la especie, sufre y espera y les pide un hijo, no un sér, nuevo, y aún más poético, y por lo tanto más verdadero, que Dios quería más hombres á quienes redimir y salvar, y que para esto les daba el amor.

Una última observación. La versificación de Arzadun no es fluída, ni fácil; resiéntese, más bien, de cierta dureza; su lengua no es rica, aunque sí precisa y sobria. Revélase en ella un vascongado, puesto que en nosotros, aún en los que hemos balbuceado en la cuna en castellano

y en castellano pensamos, es en un castellano pobre, tal como nos le da nuestro ambiente natal. Esto tiene una ventaja y es que por lo general no [illegible] ayor caudal de palabras que de ideas, [illegible] logramos cierta precisión al expresa[illegible] mo en otras regiones españolas pued[illegible] o de escritores que posean un lengu[illegible] que el sistema de sus ideas, y que [illegible] se embaracen en su lenguaje, así c[illegible] ba una imaginación más viva que l[illegible] l peculio de sus impresiones. De aqui [illegible] ismo y el desenfreno colorista, de aq[illegible] ación de sinónimos y la insustancia[illegible] e ciertos oradores meridionales, [illegible] ios todos y la logorrea. Nada hay [illegible] peor que empobrecerse un puebl[illegible] a, en ideas y en visiones, conserva[illegible] de su edad de empuje y de ascen[illegible]

A[illegible] a sentido Arzadun pasajero pru[illegible] nar su natural instinto para aco[illegible] corrientes de moda, pero no creo q[illegible] esta tentación de ser *moderno*. Espero [illegible] nte se deje ser como es, se abandone [illegible] atural nativo, se sacuda de la influencia leta[illegible] e un ambiente pasajero y artificioso, y bañándose en el ambiente eterno, el que llevamos en el fondo del alma, y vigorizándose en su natural modestia, produzca, sin espolearse, cuando le broten como de manantial que rebosa,

obras sanas que refresquen el ánimo á los fatigados, deleiten á los sencillos, den ganas de llorar á los bienaventurados pobres de espíritu, y dejen á quien las lea algún grano más de bondad sobre la que ya por ventura tuviese.

He cumplido mi promesa, y quiera Dios sean estas líneas pago adecuado á la emoción que he sentido al leer aquellas composiciones en que Juan evoca el vivificante espíritu de la niñez, á la vez que presente digno á su amistad preciosa.

MIGUEL DE UNAMUNO.

En Salamanca, mayo de 1897.



LA NOCHE BUENA DEL EXPÓSITO

ESTABA jugando en el patio, bajo la carícia de un sol de invierno, y capitaneaba con el prestigio de sus siete años revuelta pandilla de mocosos, cuando le llamó la Superiora.

—¡Jesús! ¡cómo te has puesto! Pero hombre ¡que no ha de haber charco donde no te metas!.. —empezò á decir la excelente mujer, en maternal regaño.—Luego se acordó de que se lo llevaban, ¡á él! ¡á la alhaja que había logrado reservarse tanto tiempo para alegría de la casa! y le besó con lágrimas.

—Oye, Perico, te vas á marchar (aquí le tembló la voz un poco.) Vas con un hombre muy bueno, muy bueno, que te quiere mucho, y te va á llevar á una casa muy hermosa, donde hay huertas y vacas y corderos... (esto, en el tono ponderativo con que las madres prometen juguetes al niño enfermo para que tome las medicinas.) Ya verás qué bien estarás allí: te darán le-

che... ¡á tí que te gusta tanto la leche! y castañas, muchas castañas... ¡cuidadito como te me subas á los árboles!... Verás el mar y un campo hermoso, lleno de flores y de pájaros: ¡no les quites nunca los nidos!...—

Vestíale con apresuramiento cuidadoso el trajecillo abrigado y fuerte; sobre él la larga blusa de cuadros menudos, blancos y azules; los zapatos recios sobre la media gruesa, y cubrió su cara, súbitamente grave, con la boina azul: parecía un aldeanito de caserío rico.

En el recibimiento esperaba el adoptante; el tipo hermoso y tranquilizador del aldeano vasco. Daba vueltas entre sus manos de gigante á la boina, lleno de insuperable timidez, y sonreía con vaguedad, fuerte y bonachón como un Hércules adolescente.

—¿Tiene usted hijos?—le preguntó la Superiora.

Es la pregunta de rigor: se teme que, en su nuevo hogar, el hijo postizo tenga que disputar un sitio á los hijos verdaderos.

No, señora, no: no tenía hijos. Había tenido tres y los tres se los había llevado Dios.

Y contaba en deshilvanadas frases, no su pena (de eso no habla nunca el aldeano), sino la de su mujer, triste y sin consuelo en el caserío solitario, que ya no alegraban las risas de un niño.

—Ya sabe V., pues, las mujeres cómo son y...—añadía á manera de explicación de aquella

tristeza contagiosa, que le hacía temer el fin del trabajo, por miedo de volver á ver aquellos ojos enrojecidos, en la cara pálida de Dolorosa. La idea de prohijar á un expósito se les ocurrió á la vez y se hizo en ella una monomanía. Ella no esperaba aún al niño: ¡qué contenta se iba á poner!

Mirando al chico tan grandecito y grave, con su traje nuevo y limpio y su tez fina de niño de ciudad, le asaltaba un temor. A los siete años ¿se acostumbraría á su nueva vida?

La Superiora apresuró la despedida para no llorar. Un diluvio de besos al chico, una docena de encargos maternales al aldeano, y allá se fueron cogidos de la mano.

La buena mujer se asomó por verle salir. ¡Eran tantos los que había visto partir sin que volvieran el rostro, con la indiferencia descuidada, que hace del niño planta sin raíces, que el viento arranca sin esfuerzo!... Pero aquél era el mayorcito de aquellos hijos, que á su regazo traía el misterio, y se llevaba el azar... ¿sería como los otros, olvidadizo é indiferente? No había llorado ni respondido á sus besos; pero ella adivinó su pena, en el impulso que le hizo apretar su carita contra los labios que le acariciaban.

Al doblar la esquina, el aldeano sintió en su mano callosa el tirón de la menuda manezuela; el chico se había vuelto y miraba al Asilo con ojos tristes de hombrecillo precoz, y hubo en ellos un asomo de llanto, mientras, abriendo y

cerrando la mano libre, repetía la infantil despedida que le habían enseñado allí dentro.

Y nada más; y en el tren (sentado con tiesura de maniquí en el asiento, con las piernecillas colgando) la carita seria, quietud absoluta, el estupor sin asombro de los niños, acostumbrados á ver cosas inexplicables, y un silencio hondo y pertinaz, al que no arrancaba el aldeano con sus preguntas—¿Quieres más pan? ¿Pastel quieres? ¿Frío tienes?—más que—No, no,—secos, sin mover los labios.

Caía la noche.

Por la ventanilla, sobrado alta para él, veía desfilar postes del telégrafo, campanarios y tejados, en desaforada carrera: otras veces se hacía noche de repente, y el tren rugía sacudiéndose en convulsión de espanto.

Ya de noche, bajaron en una estación. Gente presurosa se aglomeraba en torno suyo, más apretada cada vez, agitándose sin avanzar apenas, con oscilación lenta. Le estrecharon tanto, que no podía ver ni moverse, encogido en el hueco de varias piernas enormes que le empujaban. Tuvo miedo y tiró con fuerza de la mano que cogía la suya. Vió ensancharse un hueco sobre su cabeza, y por él asomaron la cabeza primero, y los robustos brazos luego, de su protector; sintióse asido y levantado en el aire, y vióse, al fin, con inexplicable consuelo, sobre el hombro hercúleo, dominando las apiñadas cabezas

que ya no le daban miedo: ¡Qué buena cosa tener padre!

Subieron á un carruaje, en cuyo fondo oscuro se hacinaban sombras negras. ¡Qué gusto andar en coche! Allí sonaba alegre el cascabeleo cadencioso, marcando el ritmo de la marcha, y nunca estruendo, ni silbidos. La luz de la luna que en una revuelta le bañó de pronto, le causó la grata sorpresa de rostro conocido. Era la misma carota bonachona que los miraba con tal dulzura cuando, en el verano, les dejaban jugar un poco, después de cenar. La estuvo contemplando un buen rato. Era la misma, aunque más flaca: luego no estaban tan lejos del Asilo como pensaba.

Pasaron por pueblos dormidos, que alineaban sus casas en el camino. La noche iba ejerciendo en Perico, la acción deprimente con que sobrecoge á los niños y á los pájaros. Iba tan quietecito, que el aldeano le creyó dormido; pero al inclinarse para abrigarle mejor, le vió con los ojos fijos y abiertos.

El aldeano dió una voz golpeando los vidrios, y se detuvo el coche. Y bajó: ¡qué miedo de quedarse sin él! Y pidió el paraguas... y un lío... y otro lío... ¿Le dejaría allí, entre aquellas sombras negras? Al fin dijo:

—Ya harán ustedes el favor de darme el chico ¿eh? Dormido ó así debe estar. Con cuidado ¿eh?—

Unas manos le asieron suavemente, y pasó á

otras, y á otras luego que le depositaron en los brazos del aldeano.

Ya en el suelo, oyó restallar el látigo, y los caballos arrastraron el coche entre crujidos y cascabeleo, por el camino blanco.

Cuando traspuso la loma, les cayó encima un silencio enorme. Tomaron por un sendero á la izquierda, y se hundieron en una oscuridad temerosa, que rompía apenas, en el cielo, ya sin luna, el parpadear de las estrellas. ¡Qué triste aquel andar entre sombras, tropezando siempre, viendo, con los ojos muy abiertos por el espanto, gigantes que resultan árboles, y animalejos sin forma que se agarran á la blusa con garras de espinas...!

Y cuando al volver del sendero, en la cresta de una loma, salió de la negrura un ruído sordo y acompasado como la respiración de un gigante asmático, le faltó muy poco para echarse á llorar.

Iba así, dejándose remolcar, con el corazoncito hecho un ovillo, cuando á treinta pasos brilló una luz, y el aldeano dijo alegre:

—Mira, ¿ves? ¡Nuestra casa!

Luego llamó:

—¡Mari-Juana...!

Y al chico se le alegró el alma, cuando en el marco de la puerta, llena de claridad, se dibujó una forma femenina. Un niño reconoce en toda mujer un aliado.

Se abrazaron los aldeanos: él dijo ufano:

—Aquí tienes al chico.

Y ella le preguntó al oído:

—¿Cómo se llama?

Comprendía con femenil delicadeza, que la madre de un niño no puede ignorar su nombre, y que era menester recibirle como á ausente á quien se espera con afán.

Seria preciso poner en solfa el musical:—¡Pericooo!...—de la aldeana al coger al niño en sus brazos. Aquella palabra cantada lo decía todo:—¡Cuánto has tardado! ¡Qué guapo eres! ¡Cuánto te quiero!...—esas ternezas que guarda el pecho de madre ausente, y pugnan por salir á la vez, entre besos apretados.

Ardió crugiendo en vivas llamaradas la leña seca en el hogar, lamiendo con lenguas rojas festoneadas de humo la enorme campana.

¡Qué alegre, á su luz, la cocina del caserío!... A un lado el *azpiri* (artesa de madera en la que la aldeana amasaba los sabrosos *talos)* se apoyaba ventrudo en dos caballetes; al otro, el *escapolote* (armariejo encima y gallinero debajo), y en la *balda,* aparador campesino reluciente de puro limpio, la loza basta, que la de ceremonia, adorna por inmemorial costumbre la alcoba conyugal.

Del techo colgaban sartas de chorizos y *charriquis;* todos los sabrosos despojos de la matanza reciente.

La aldeana arrimó á la lumbre la mesa de dos palmos de alta y tan estrecha que la llenaba la fuente, y se sentaron en torno, en taburetes, á mucha distancia, comiendo lentamente, todos del mismo plato, acompañando con el pan la cuchara llena, para defender el suelo del chorrear de la salsa.

¡Qué festín!

Primero la ensalada cocida, abrillantada por el aceite; luego bacalao frito espolvoreado con azucar, y un besugo asado. Y después á los postres, el *inchorsaltza* (pasta de nueces con filamentos de bacalao, azucar y canela), arroz con leche, castañas asadas en el *tambolín,* y manzanas, *matrallagorris* coloradotas como mejillas campesinas, ó finas y aromosas reinetas de aristocrática palidez.

El niño comió conteniéndose al principio, con franco apetito luego, animado por la charla de la aldeana. Al final de la comida, la reacción de la confianza tras el temor pasado, el grato calorcillo de la llama y algunos tragos de chacolí, devolvieron el lenguaje de la risa á sus ojos serios; pero todos los esfuerzos de la buena Mari-Juana no lograron hacerle salir de sus monosílabos. El matrimonio, afligido por tal silencio, cambiaba miradas de desconsuelo.

De pronto, al través del tabique de tabla, se oyó un mugido suave y prolongado, lleno de singular dulzura. ¡La fiera amenaza del toro salvaje,

hecha suplicante por domesticidad secular! La carita de Perico se iluminó de súbito, y dijo con voz alegre:

—¡Beye! (¡La vaca!)

—Sí, Perico, ¿ya quieres ver? ¿Leche quieres? —dijo la aldeana, entusiasmada ante el brusco despertar de la infantil alegría.

—¡Sí!—dijo gozoso el chico, con la voz y con el gesto, sacudiendo la cabeza y saltando de la silla.—¿Ya tiene cria?—

Y allí, en el tibio establo, jugando con el ternerillo, bajo la mírada grave y dulce de la vaca (prototipo de serena dulzura entre los bucólicos griegos) viendo regocijado brotar la leche de las henchidas ubres, hasta rebosar espumosa en la escudilla, la mujer y el niño se unieron en mutuo amor.

El chico, acariciando á la vaca, se atrevió á preguntar con ansia codiciosa:

—¿Para mí es?

—Sí, *lastana,* para tí... Tú la llevarás al campo ¿eh? y la ordeñarás... Quesos *tamién* á haser yo te enseñaré...

Por primera vez el chico respondió á las caricias de la aldeana con un beso sonoro; y cuando, definitivamente conquistado, la preguntó desparpajado y resuelto:

—Tú, ¿cómo te llamas?

Mari-Juana, alegre como unas pascuas, le contestó entre dos besos:

—Dime *¡amachu!* (¡madrecita!)

¡Qué Noche Buena para Perico!

¡Qué bien durmió, perdido en la enorme cama de madera, entre las ásperas sábanas de lienzo casero, soñando que tenía madre, y que corría por los campos verdes, persiguiendo á las vacas que, al ser alcanzadas, lamían la mano de su pastor.

MONIN

ERA un niño adorable: la nota poética de la calle húmeda y sombría.

Su madre, viuda y pobre, era de muy lejos, y doblemente extranjera en aquella vecindad de menestrales, por su patria remota, y su cuna distante.

Tenía su leyenda. Las viejas hilanderas, charlando de puerta á puerta, hablaban al verla pasar, con respetuoso misterio, de millones evaporados en una ruina enorme: cuentos de guerras, en que había casas tomadas por asalto á la luz del incendio de las plantaciones.

Lo cierto es que ella no hablaba nunca del pasado, y trabajaba valerosamente, sin despreciar por humilde ningún quehacer, cuando escaseaba la costura.

Sólo un lujo conservaba de su antiguo esplendor. El de vestir con elegancia suma, en manifiesta desproporción con sus recursos, á su

hijo único (niño de ocho años, que representaba cinco por su desarrollo escaso, y era un hombrecillo precoz por su seriedad) y vestía como una mendiga, por traerle hecho un príncipe.

La verdad es que era una tentación muy fuerte, la de colocar en adecuado estuche aquella alhaja frágil y encantadora, y realzar, engalanándolo, aquel semblante de luz tan suave, que hacía á todos los transeuntes volver el rostro por mirarle otra vez.

Pero aquellos adornos representaban el jornal de muchos días, y era preciso cuidarlos con solicitud constante, defenderlos con regaños y castigos, de los endiablados juegos infantiles que manchan la ropa y destrozan el calzado, para no verse en la imposibilidad de renovarlos.

Aún me parece verle en el dintel del portalón sombrío, con las manos á la espalda *como un señor*, su trajecito de paño fino, zapatos con lazos que no hubieran durado un día en la calle fangosa, el pañolito de seda al cuello, aprisionando su barbilla con el pomposo lazo, y sobre el semblante seriecito y pálido, de suave nitidez de flor de cera, la boina color perla echada hacia atrás con estudio, para descubrir la raya de un peinado que era una caricia.

Al verme se ponía de puntillas, ofreciendo su rostro á la caricia habitual. Desde el fondo del portal, la voz de su madre, encantada de que los señores besasen á su hijo, decía reconviniéndole:

—¿Cómo se dice?—y con temeroso apresuramiento, el niño recitaba la lección bien sabida, con maquinal sonsonete:

—Muy buenos días tenga usted. ¿Cómo está usted?—

Las señoras del pueblo se hacían lenguas del amor de aquella madre que tan bien vestía á su hijo, y admirando la formalidad de Monín, besaban con devoción respetuosa su delicado semblante pensativo, de Cristo niño, provocando el —¿cómo se dice?—de la madre y el saludo canturreado.

Cuando le encontraba, solo me hacía gozosas confidencias.

—El domingo me va á poner mamá la marinera de flores... ¡Aquélla si que es maja! ¡Me ha comprado unos zapatos de charol más bonitos!...

Y era siempre ¡pobrecillo! el mismo pensamiento, un culto idólatra de su belleza de querubín enfermizo,que le mantenía agarrotado é inmóvil en el marco del portalón oscuro, por no descomponer la complicada labor de su tocado, como esos ángeles que se ofrecen á la adoración de los fieles, rígidos entre la ola de encajes, en el silencio del santuario.

Culto inhumano y doloroso, que arrancaba á la bulliciosa infancia sus juegos locos, la embriaguez de la carrera, que desarrolla los músculos é hincha los pulmones con risotadas sanas.

Por eso siempre andaba solo, despacito, con las manos á la espalda, y si alguna vez los chicos de la vecindad venían á tentarle, invitándole á un marro furioso en el que se les veía perseguirse y huir con los sesgados giros de las golondrinas volando al ras del suelo, Monín les decía temeroso:

—Idos, idos, que si os ve mamá, me va á reñir...—

Un día, los pilluelos del barrio dieron una corrida de toros frente á su puerta.

Nada faltaba allí. Ni gente de á pié, numerosa si no lucida, incansable en la brega; ni picadores á hombros de los más forzudos; ni toro corredor llevando en la cabeza la cesta armada de cuernos formidables; ni aun mulillas que, muerto el toro, le arrastraran, metido en la cesta, entre algazara y cascabeleo.

De accesorios no digamos: tenían de sobra. Lucían todos airosas monteras de papel, que los testarazos de la lidia convertían en solideos. Había profusión de rizadas banderillas, hechas con planas de la escuela: una magnífica muleta roja, que era el día antes cortina en casa del matador; hasta una puntilla de hojalata con tal fuerza asestada, que se doblaba entre los enmarañados cabellos del *toro*.

En el público, tres viejas que hilando seguían de reojo los incidentes de la lidia, representaban la crítica seria, mientras dos docenas de chicue-

las encaramadas á las ventanas de piso bajo, aplaudían á los toreros, luciendo vistosas mantillas improvisadas con trapos de colorines.

Pero el espectador más entusiasta era Monín.

De pié en el dintel de su casa, de puntillas para ver mejor, miraba con toda el alma en los ojos, contagiado por aquel derroche de fuerza y vida, palmoteando entre gritos de júbilo en los lances difíciles, riendo á mandíbula batiente al ver caer por tierra á los picadores, saltando electrizado, cuando un ágil recorte hacía al toro rodar por la arena, al esfuerzo inútil de un derrote en el vacío.

¡Bastante le importaban á él, en aquel momento, los zapatitos con lazos y la marinera de flores!

Lo que él ansiaba, era calarse la cesta con cuernos formidables, y dar testarazos como el toro; ó huir con alegre susto como los toreros, ó por más valiente, asestar á la fiera la estocada mortal, entre los aplausos de las damas de mantillas de percalina.

La corrida duró media hora. Después, la cuadrilla emigró de súbito, y se quedaron solos en la calle silenciosa, las viejas hilanderas y el pobre Monín con el portal por cárcel. Aquella ducha de soledad repentina, le calmó como por encanto. Se palpó como poseído que se recobra, para ver los desperfectos que el entusiasmo causara en su tocado: después, graves los ojos y pá-

lido el semblante, volvió á pasear con las manos atrás, como los señores y los niños buenos.

Un día Monín desapareció del portal.

¿Le engatusó tal vez un tentador más elocuente que los otros, con la mágica perspectiva de un día de aventuras? ¿Tuvo acaso la culpa la primavera? Alguna bocanada de viento perfumado por el aroma de los brotes nuevos, le embriagó con su fragancia ó llevó á sus oídos píos y canciones de pájaros sin jaula?

Ni él mismo lo supo. Recordaba tan sólo que gárrulo bando de chicuelos pasó ante su puerta, con la loca alegría de un día sin escuela. Les oyó decir que iban á coger nidos, y les siguió hasta el campo sin saber por qué.

¡Qué delicia en la tibia mañana verse envuelto en aquel chaparrón de luz! ¡Qué azul arriba! ¡Qué verde abajo! ¡Cuántas flores en las lindes del camino!

Al principio fué una embriaguez deliciosa, un asombro estático ante tanta belleza, jamás soñada.

Pero ¡qué triste despertar! ¡pobres vuelos del alma, que acaba siempre por caer de lo alto con las alas rotas!

Quiso coger unas moras, y se arañó las manecitas, demasiado suaves é inexpertas. Le faltó poco para llorar.

Sus compañeros caminaban demasiado de prisa para él. Salvaron de un salto un arroyo sin

puente: el pobrecillo se cayó en el agua, y salió con los piés mojados, en medio de la algazara de los chicos, que se burlaban de su torpeza. ¡Adios zapatitos de lazos!

Descansaron un poco en las ruinas de un caserón, cuya oscuridad le angustió recordándole su portal... ¿Qué diría su madre?

Entre las grietas cazaron un lagarto enorme, y al ver el susto de Monín, le atormentaron con infantil crueldad, muertos de risa al oir el grito de asco y miedo del niño, cuando sentía, rozando con su carita suave, la piel escamosa y fría.

Una lluvia torrencial puso en dispersión al revoltoso bando: huyeron todos en egoista ¡sálvese quien pueda!, y allá se quedó sólo y perdido, el pobre Monín, viendo, al través de sus lágrimas, pardo el cielo y fangosa la campiña.

En la calle, la alarma fué general ante la desaparición inexplicable.

La tendencia novelesca, hizo que las viejas no vacilasen en afirmar que se trataba de un secuestro. Alguien señaló la presencia en los alrededores de una tribu gitana, y todos le creyeron robado. ¿Para qué? ¡Buena pregunta! ¡Para vender aquella divinidad á un señorón sin hijos!

Cuando la efervescencia iba llegando á su colmo, ya al caer la tarde, unchico refirió la escapada matinal, y guiados por él, dieron con el niño.

Estaba acurrucado en el quicio de una puerta del caserón ruinoso, empapado en agua, lleno de fango, despeinado y roto, con la consternación en el semblante, helado por pavor hondo y mudo.

¿De qué murió?

Dicen que le devoró una fiebre, consecuencia de la humedad de tantas horas. ¡Acaso le mató el asco de sí mismo que, según la conseja, mata al armiño que ve manchada su blanca vestidura!

¡Tal vez el miedo á un mundo brutal, en el que hay zarzas que desgarran las manos suaves, lagartos horribles y fango, mucho fango, que hace inútiles los zapatitos de lazos!

Su entierro fué un acontecimiento.

Le llevaron endomingados los chicos más majos del pueblo, más mono que nunca, como una estatuita de cera en su cajita blanca, mientras desde el arroyo le admiraban al pasar, atezados y rotos, los sanos, los fuertes luchadores por la vida, que aprenden á fuerza de golpes y rasguños á pisar firme y seguro para dominar la tierra.



CABEZOTA

En la espesa sombra de su lecho de parturienta, rendida al dolor, la atormentaba una idea fija.

Su marido entró de puntillas, pálido aún.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor; y ¿la niña? ¿Es bonita?

—Los hijos siempre son bonitos—dijo él, y la pareció forzada su sonrisa.

—Quiero verla.—

—No: más tarde. Descansa ahora.—

Volvió á quedarse sola, y en el sopor de exangüe que daba á sus ideas vaguedad de ensueños, tornó á preguntarse:

—¿Será bonita?

Era su manía eterna: desde chicuela el mundo se dividía para ella en dos campos: cosas bonitas y cosas feas. Amaba lo hermoso con arrobamiento de artista: lo feo y lo inarmónico la herían como una ofensa, produciendo en su alma rebe-

lión tan invencible, como la repugnancia que se traduce en náuseas.

La indignación mayor de su vida la produjo un niño atormentando á un jilgueruelo; en cambio creía firmemente que era acción meritoria aplastar á un sapo.

Se sentía caritativa y amante, capaz de dar cuanto tuviera á las niñas limpias y sonrosadas que con tan dulce voz piden limosna en la escena; pero le infundía horror la miseria real, harapienta y aguardentosa.

Nunca había podido querer á sus amigas feas.

Había en su cuarto de niña una imagen muy mala: jamás pudo rezar ante ella, á pesar de su tentador capítulo de indulgencias, ni paró hasta que se la cambiaron por una estampa francesa, en la que una Virgen muy bella, la sonreía envuelta en la nube de su ropaje azul y blanco.

La belleza moral no hería sus ojos enamorados de la forma.

Así, desde el primer anuncio de la maternidad, se había figurado á su bebé, estatuilla de nieve y rosa, con su corona de oro rizado; cubierto por ella de encajes, admiración y envidia del mundo entero.

¡Cuántas veces oyó en sueños su primer grito!

Se lo imaginaba chillón y ruidoso, decidida protesta de que no había pedido nacer; pero prueba á la vez de buenos pulmones: rabieta que pareciera decir:

—Vengo á la fuerza; pero, ya que estoy aquí, quiero y tendré mi ancha parte de suelo y sol.

Y en vez de esto, entre sus dolores, la había angustiado un gemido débil de niño enfermo. Aprensión tal vez: de todos modos quería verla, y la pidió con tal insistencia, que al fin se la trajeron revuelta y escondida entre mantillas.

Con asombro curioso, vió á su lado aquel paquete que era un sér nuevo, carne de su carne. Parecióle holgadísima en su prisión de batista: solo la gorrita de encajes se quedaba corta, no alcanzando á la cara desdibujada y roja.

—Qué cabeza... Es muy grande, ¿verdad?

—No, no mucho.

¡Ay! sí: era muy grande. Cuando, ya convaleciente, pudo verla á sus anchas, se echó á llorar.

El bebé soñado, el rubio angelito que la hiciera tantas veces manosear encajes y estudiar cuidadosa figurines infantiles, era un sér deforme, de cabezota monstruosa, centro absorbente que dejaba sin vigor los bracitos cortos y las piernecillas débiles: los ojos grandes y tristones parecían comprender su mal, y su llanto frecuente era amargo y sin consuelo.

Solo su padre lograba hacerla reir: la pobre niña se adhirió á él con el amor ciego y celoso con que los niños débiles aman, adivinando por singular instinto, de cuántos cuidados ha menester su frágil vida.

Y él la quería con delirio: bastaba verle acariciarla con mimos de abuelo, diciéndole esas graciosas ternezas que inventa un niño para entretener á otro menor; feliz cuando lograba arrancar á sus pálidos labios una sonrisa, más que alegre, agradecida.

El médico había dicho:—Hay que hacerla andar—y él se encargaba de vencer su repugnancia á moverse.

Arrimada á una silla, sosteniéndose con trabajo, la niña miraba con espanto el espacio á cuyo fin la esperaba su padre, animándola con halagos y sonrisas, atrayéndola con el imán de sus brazos abiertos. Al fin con enorme esfuerzo rompía á andar: ¡triste marcha insegura, vacilante, abrumada al peso, tan distinta del resuelto arranque con que se precipitan riendo los niños sanos, en su gentil torpeza de avecilla que ensaya el vuelo.

Cuando el ejercicio se repetía, veíasela esforzarse, luchar con su debilidad nativa, llena de empeño complaciente y dócil, hasta que de repente se echaba á llorar y decía siempre lo mismo:—¡no puedo! ¡no puedo!—

La aplicaron la electricidad, y daba angustia verla sufrir y extremecerse sin una queja, sin una de esas francas rebeliones de los niños contra el dolor; pero delataba su tormento la pregunta ansiosa al marcharse el médico:

—No vendrá más, ¿verdad?

Su madre la quería también mucho; sí, mucbo; pero al verla, sufría el dolor de la lucha entre el amor materno y su aversión ingénita hacia lo anormal. La acariciaba con oculta violencia, y al besarla, incoercible repulsión helaba sus labios. Sus cuidados mismos revelaban delicadezas de elegante, en la elección de sombreros de mil formas destinados á disimular la deformidad de la pobre niña.

La llevaba á paseo; pero al ver á lo lejos á alguna madre feliz, ostentando sus hijos hermosos, rehuia su encuentro, humillada, incapaz del ciego amor que hacía á su marido celebrar á su hija, y exhibirla con orgullo.

Un día, al volver del paseo, el padre que como de costumbre la traía en sus brazos, sintió apoyarse en su rostro una mejilla ardiente.

—Esta niña tiene calentura—dijo alarmado.

—Le sofocará el sombrero.

Se lo quitaron: ¡qué enorme parecía aquella cara, como acrecida por la rubicundez de la fiebre!

Hubo que acostarla.

El médico, llamado á toda prisa, puso mal gesto.

La fiebre era intensa, y hacía á la sazón estragos la viruela.

Cuando quiso entrar en la habitación de la enferma, su marido la rechazó suavemente.

—Yo basto para cuidarla—dijo—no entres tú: ¡es tan contagioso!

Y ella cedió con la vaga idea de que no debía conformarse así.

Durante dos días supo que la niña empeoraba, y permaneció inerte, estúpida, sin atreverse á mirar en su alma.

A la tercera noche llamó á la puerta de la alcoba aislada. Abrió su marido pálido y torvo que clavó en ella su mirada llena de reproches.

—¿Cómo está?—preguntó ella baja la voz y caída la mirada.

—Se me muere—dijo él con dureza.

Ella sintió que algo gigante dormido se despertaba al golpe.

—Quiero verla,—dijo con firmeza.

El dulcificó su mirada.

—Entra despacito—dijo confidencial.—Está dormida.

En el centro de la habitación, cerca de una mesa llena de medicamentos, defendida de la luz escasa por doble cortinaje, vió la cuna de la enferma.

Se arrodilló junto á ella, y levantando suavemente la cortina miró con avidez á su hija: la vió apenas; pero oyó su alentar frecuente y anheloso.

¿Qué había hecho á Dios aquel ángel para que todas las deformidades la persiguiesen así? ¡Y ella le había pedido con tanto afán un hijo hermoso!

Pero su deber era amar como madre aquel pedazo de sus entrañas, aceptarlo como Dios lo hizo, por castigar, acaso en su fibra más honda, su idólatra adoración de la forma. La vió en su recuerdo buena y sufrida triste como si tuviera conciencia de su suerte, y la lástima despertó al amor. Por vez primera sintió celos del cariño de la hija al padre: comprendió cuánta parte de él la pertenecía, que lo había perdido por su culpa, y se propuso recobrarlo á toda costa.

Una ola de llanto subió á sus ojos y murmuró:

—¡Dios mío, que no se muera mi hija!

Se oyó un gemido, y en la sombra de la cuna, dos ojos abrillantados por la fiebre, se clavaron en ella con sorpresa. Luego una vocecilla débil dijo:

—Quiero á papá.

—Y á mamá, ¿no le quieres? dijo apenadísima, y esperó con angustia una respuesta que no vino.

—Dí, cielo mío, y á mamá... á tu mamá ¿no le quieres? Ella te quiere mucho... ¡mucho!

La vocecita triste dijo con lentitud:

—También.

¡Le pareció que la perdonaba! Sintió hondísimo consuelo primero y luego explosión de amor: se inclinó en la cuna, y amante, ansiosa ¡madre al fin! besó con delirio la faz calenturienta.

La abrázaron, y la voz de su marido, mojada en lágrimas, dijo:

—¡Así te quiero!

Luego pulsando á la niña.

—Mamá viene á cuidarte; querrás mucho á mamá, ¿no es cierto?

—Sí, mucho.

Después miró á su mujer como no la había mirado nunca, y exclamó radiante de esperanza:

—Tiene menos fiebre... ¡y ahora somos dos á defenderla...! ¡La salvaremos...! —



EL NERVIÓN Y EL CADAGUA

¡El Nervión!

Sí, en su humilde origen, murmuró viendo su caudal escaso agotado en riegos; si en su juventud impetuosa, rugió encolerizado al dar á su fuerza el modesto empleo de motriz de desvencijados molinos, al cruzar, en sus postrimerías, la heróica villa, pasa lento y silencioso bajo soberbios puentes, arcos de su triunfo, con la exajerada majestad enfática del rico improvisado. Crécese orgulloso al sustentar con soberano esfuerzo buques de gran porte, aunque las delgadas quillas rasgan sus entrañas y las hélices revoltosas enturbian su caudal. Acarrea el oro, no en pobres arenas, sino acuñado á cambio de valiosas mercancías y como si el activo comercio que por él circula, le contagiara con sus fiebres y desmayos, está amarillo con amarillez de avaro.

Y como afortunado negociante que al fin de

una existencia de labor sin descanso, comprende que no ha hecho más que fabricarse áureas cadenas, tiene en su envidiada riqueza su enemigo mayor. Próximo á su fin, fuérale grato dilatarlo serpeando en amplias curvas, detenerse en ocioso vagar en las tendidas vegas, con el bucólico lirismo del *epicier* retirado de los negocios. ¡Imposible! Toda detención es un crimen, todo rodeo punible abandono; es preciso caminar en línea recta al fin. Y profundos canales cambian en geométrico trazado el cauce secular; los árboles que vió nacer, y reflejó en sus ondas y nutrió con sus aguas, caen para dejar plaza á humeantes fábricas ó almacenes inmensos; el estruendo de jadeantes máquinas ahoga en sus orillas la canción de la primavera, y solo, de trecho en trecho, polvorientos jardines de flores de trapo y árboles raquíticos, tratan de alegrar al viejo cuya infancia corrió bullíciosa, entre los más pintorescos paisajes de Europa.

Si el Nervión es el acaudalado comerciante, el Cadagua es el hidalgo campesino; si ávido aquel del aturdidor bullicio industrial, ganoso este de soledad y apartamiento. Cifra el uno su orgullo en poblar sus orillas de opulentos palacios relucientes y acicalados, con el esplendor sin gracia y el boato sin majestad de lo demasiado nuevo; casas no heredadas, que le dan el aspecto de un río sin historia. El otro puebla sus márgenes de ennegrecidas ferrerías y vetustas

casas infanzonas, y en curso incoherente, tan pronto se precipita estruendoso por estrecha encañada, entre dos lomas que parecen oponerse á su marcha cruzándose ante su paso, como divaga en calma, por diminuta vega cuyo verdor disuena como breve risa en la sombría majestad del paisaje: ¡arranques de mozo que interrumpen ensueños de poeta!

Cerca de un puente cuyos carcomidos sillares aparecen apenas entre la espesa hiedra, mirándose como él en el remanso del río, que alta presa detiene, se alza una torre, prototipo de las innumerables de su especie que dan tal sabor antiguo á los valles encartados.

Ni un friso, ni una columna, ni un arco gótico rasgando el muro; nada en su maciza estructura, revela la menor aspiración á lo bello. Escasos y mezquinos huecos, en rebelión anárquica contra los mandatos de la diosa simetría, interrumpen el espeso muro, cuyo único ornamento es, sobre la puerta baja y recia, el orgulloso escudo que corona empenachado yelmo.

Es innegable que hay en los edificios carácter y expresión fisonómicos, reveladores de los usos y costumbres de su época.

En la fachada, á primera vista inexpresiva y muda, de la vieja torre, se descubre á poco tal expresión de temeroso recelo, que se espera á ada instante el crugir de la tendida ballesta

acompañando al sobresaltado ¿quién va? del atalaya.

Y la triste historia escrita con sangre y lágrimas, la relación inacabable de sorpresas y emboscadas, de asalto y matanzas, de odios y rencores, que desgarran en el siglo XV á nuestro país; campo de batalla de opuestas encarnizadas banderías, se aparece en su verdad sangrienta en tan característico escenario, tal como con dolorosa concisión la describe el viejo don Lope García de Salazar, prisionero en la su torre de Muñatones, tratando acaso de calmar con el recuerdo de agenas desventuras, sus tristezas de padre y de vascongado.

«En el año del Señor de 1420 años, salieron Fernando de Gamboa é Ladrón de Valda é los de Carames é de Iraeta é Achega con todo el poder de Gamboanos, con una luna la noche de Navidad é travesando muchos montes é valles llegaron en alborada en Lezcano, é quemaron la casa de Lezcano, é saltó Juan López de Lezcano de la cama en camisón por una ventana al río que va só la casa, é pasó á nado allende é así escapó de la muerte, é mataron unos diez omes en la casa é á cerca de ella, é degollaron á Martín López su hermano en los brazos de su madre que era de doce años, é tornándose á donde habían salido, etc.»

Con qué viviente colorido se representa la espantosa escena. ¡La noche de Navidad!

La cena pascual reuniendo en torno de dilatada y tosca mesa á los vasallos, cuyo rústico regocijo, apenas basta á contener el respeto. Luego la paz del sueño, y á la alborada, la voz de alarma del atalaya, despertado por el insólito estruendo del armado tropel; después el despertar cobarde de la servidumbre, aturdida y sin alientos para la lucha desigual y destacándose sobre el lúgubre fondo del hijo aterrado que huye con el egoismo instintivo de las grandes catástrofes, y de la turba llorosa y desesperada, el grupo enlazado de dos seres, los más débiles, únicos que entre el aturdimiento de la sorpresa han pensado uno en otro; la madre y el niño. Y al ceder las robustas puertas al hacha y al incendio, la estruendosa invasión de los eternos, implacables enemigos, cuyos pasos cada vez más próximos señalan ayes de muerte; y al aparecer en la estancia, la lucha desesperada, las súplicas contestadas con sarcasmos y el feroz degüello del pobre niño abrazado á su madre... víctima inocente que arranca al impasible narrador de tantos horrores la exclamación de lástima... «que era de doce años...»

¡Ah si los admiradores del pasado que la distancia dulcifica y hermosea, meditasen sobre tan bárbaras escenas, guardarían menos amor hacia los bandidos caballeros que llevaban su odio salvaje á tan feroz extremo.

Felizmente los tiempos han cambiado. Habi-

tados por pacíficos labradores que se olvidan de correr los formidables cerrojos enmohecidos, los sombríos caserones provocan involuntaria sonrisa, por el contraste entre su imponente aspecto, y su destino humilde. El mutuo respeto, muestra infalible de considerable aumento en la dignidad humana, hace inútil el lujo de precauciones embarazosas y desagradables en tan revueltos tiempos necesarias, y por donoso contraste, vieja casa infanzona, que cobijó tal vez á un Fernando de Gamboa ó Ladrón de Valda, ostenta sobre su puerta, cubriendo á medias el borroso escudo, el siguiente rótulo tranquilizador:

Casa cuartel de la Guardia Civil.

....

¡Nervión! ¡Cadagua!

No sois, pese á vuestra oposición aparente, enemigos, ni aun rivales. Siguiendo la ley que da á los ríos extraordinaria semejanza con los pueblos que retratan, sois representación fidelísima de dos distintos aspectos de nuestra amada tierra, reflejo del pasado, é imagen del presente de Vizcaya, que, agradecida, os ama por igual; y cuando, fundidos en estrecho abrazo, el golfo en pleamar sale á vuestro encuentro, reflejais con igual tersura, con íntimo alborozo, en anchas estelas resplandecientes, los focos eléctricos que, en larga fila, guían y celebran la marcha triunfal de los héroes del trabajo.

LA TRAGEDIA DEL CIEGO

Con paso lento y firme, cuyo compás marcaba el palo al resonar en las losas, llegó á su vivienda.

Su oído sutilísimo le advirtió que en el zaguán había una persona, y deteniéndose en el umbral, alargó la cabeza como interrogando á las sombras.

Era una chicuela que lloraba.

—¿Qué haces ahí, muchacha? ¿Fuera de tu casa á estas horas?—dijo con su voz nasal y lenta, voz de mendigo quejumbrosa é igual.

—¡Yo no tengo casa!—le respondieron, y entre sollozos, brotó la historia vulgar: huérfana, recogida por parientes lejanos, maltratada, y decidida á no volver.

El ciego reflexionó: quizá, aunque habituado al lloro de la miseria, exagerado y gimoteante, le enterneció aquel llanto de niña. Tal vez necesitara un lazarillo.

Al concluir, dió por vez primera, á su voz suplicante entonación protectora para decir:

—¡Vaya, hija, vaya: sube y *¡ya veremos!*...—

Desde aquel día, en la sombra eterna de su vida entró un rayo de luz. ¡Ya no estaba solo, con la doble soledad de las tinieblas y el silencio!

En sus excursiones *artísticas,* la locuacidad infantil de la chicuela encantada de su nuevo estado, hacía revivír el mundo exterior, para él hasta entonces apagado y muerto, y su contínuo flujo de palabras y exclamaciones le representaba la vida bullendo en torno de él.

Por otra parte, el *negocio* mejoraba de día en día. Ya no le estaban vedadas las productivas ferias de los alrededores, donde la inteligente guía dísputaba para él el puesto mejor, mientras su vocecilla fresca y alegre, contribuía no poco al aumento de las colectas.

Y pasaron los años. Y un día, en el corro, una voz de obrero exclamó con admiración codiciosa:

—*Cuidao* que es guapa la mujer del ciego...

¡La mujer del ciego!

Se había sonreído tantas veces oyendo elogiar á su hija, que la nueva idea llenó el insomnio de su noche.

¡Su mujer!... ¿Por qué no? El no era viejo, y ella le debía su nueva vida feliz.

Al siguiente día la sentó á su lado; volvió ha-

cia ella como contemplándola, sus ojos sin luz, y comenzó el idilio extraño con esta frase:

—¿Sabes que *dicen* que eres muy guapa?

II

Y se casaron.

¡Qué cambio en su vida!

El viento del derroche deshizo su hucha de avaro, y dispersó las relucientes monedas de oro, quinta esencia de tantas de cobre reunidas pieza á pieza: ¡oro en paño!

Todo le parecía poco. La quería elegante y aderezada, para gozar con amargo placer, al admirarla en el elogio ageno.

En sus horas de éxtasis, pasaba, silencioso y abstraído, sus dedos de sensibilidad exquisita, por el rostro de la joven, estudiando facciones, analizando rasgos. Aquellas eran sus miradas de amor.

Ella cambiaba también de carácter.

Su alegría inocente y bulliciosa, se intercalaba de melancólicos silencios.

La niña hecha mujer, comprendía la tristeza infinita de un amor. obligado á mirarse en unos ojos muertos.

En la feria de Mayo una voz *de señor* (¡oh! ¡de fijo!...) murmuró cerca de ella, con ardor contenido:—¡preciosa!—y una moneda de oro rebotó en el cobre de la bandeja con impertinente retintín.

El, con involuntario movimiento, estrechó su brazo, presa del temor cobarde de un abandono... ¡su brazo que no temblaba con la indignación de la afrenta!...

—¿Qué ha echado ese hombre?

—Una peseta, tío.

Seguía llamándole así en sus distracciones graves, aunque sabía el daño que al hacerlo causaba al ciego.

Desde aquel día se obstinó en salir solo, huraño, atormentado por los celos; y se olvidaba de pedir, buscando pretextos, fingiendo indisposiciones para regresar inesperado.

¡Nada le importaba la escarcela vacía! Su vida tenía un solo objeto: ¡sorprenderla!

Y un día, con mejor humor que de ordinario, espansivo, casi jovial, salió en la dirección acostumbrada.

Dió un largo rodeo para volver por impensados caminos, hasta alcanzar una puerta trasera, y no abierta desde tiempo inmemorial.

Con sigiloso cuidado introdujo la llave en la cerradura; temía el áspero chirriar de los mohosos goznes llenos de orín.

Empujó suavemente, y la puerta cedió con fácil giro, cautelosa como una cómplice...

¿Quién entraba por allí?

El fantasma de sus celos, vago é informe, creció de súbito, hasta llenar gigante su alma entera.

Y esperó... esperó en la sombra horas... días tal vez... conteniendo el hervor de su sangre apretándose las sienes.

Alguien se había acercado á la puerta:... una llave chocó antes de ajustarse en la cerradura, y entró en ella luego, rápida como un puñal...

Ella se había acercado á la escalera, y se cruzaron en voz baja dos palabras:

—¿Está?

—¡Sube!

¡Ay! en cuanto pudo, él subió detrás, cauteloso, siniestro, con las refinadas precauciones del ladrón que avanza en las tinieblas, y abriendo súbitamente la puerta de la estancia, apareció en el dintel, adelantando hacia los culpables su busto de estatua en actitud de acecho...

Y con toda el alma en su oído, sintió que manos inseguras abrían la ventana, y el ruido de un cuerpo al caer en la calle...

¡Huía!

Rígido, como un sonámbulo, llegó con lento paso hasta la joven petrificada, y cayó á su lado en la postura misma de sus horas de amor.

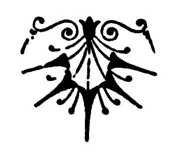
Sus dedos yertos acariciaron el angustiado rostro, cubierto de sudor frío, deteniéndose en las calientes huéllas de los besos:... rodearon el cuello gentil tan tibio y terso y, en crispación furiosa, apretaron hasta crugir, con inconsciencia de máquina que estruja y deshace.

No cedieron un punto, compadecidos por la

contorsión desesperada del cuerpo juvenil, rebelándose anheloso contra la muerte... Se dejaron desgarrar por las uñas rotas en la lucha... insensibles... ¡implacables...! hasta que todo acabó.

Entonces, arrastró á la ventana el cuerpo inerte; asomó á ella el rostro de la víctima amoratado y horrible, y amenazando al vacío con la crispada diestra, gritó:

—¡Cobarde!...



LA CONFESIÓN DE UN LOCO

Hace pocos días admiraba yo, con infatigable asombro, el movimiento comercial de la ría de Bilbao, cuando un marinero se me acercó, preguntándome si era verdad que escribía en los *papeles*.

Confeséle que algunas veces me permito mortificar á lectores benévolos, y él entonces puso en mis manos, con cierto misterio, un paquetito, cerrado por cuerdas y lacres con precaución rayana en extravagancia.

A mis preguntas relativas al origen del extraño envoltorio, contestó que se lo había entregado un señor en Marsella, (de donde acababa de llegar), encargándole que publicase la historia en él contenida en los periódicos de su país: que á él le había parecido la idea un tanto estrafalaria, pero que le había gratificado por ello tan espléndidamente que... en fin, que la leyese y que hiciera luego mi santa voluntad.

—Pero ¿qué señas tenía ese caballero?

—Pues.... un hombre de treinta años *ó así.... flaco, flaco....* Los ojos tenía como *asustaós* y, en cuanto me dió el paquete, echar á correr *hiso* como *espantao.*

No eran las señas muy tranquilizadoras.

Costóme trabajo abrir el paquete, y verdadera fatiga descifrar su contenido, pues, sobre estar en francés, tenía á trechos maraña de intrincados garabatos, obra indudablemente de mano febril.

Abundaban las admiraciones, los puntos suspensivos, los signos todos de incoherencia ó exageración, seguidos de trozos fáciles y correctos, sin transición alguna, haciendo pensar por qué extraños resortes estaría regido aquel turbado espíritu, para pasar de tan brusco modo de la ira á la calma.

Hoy que empiezo á recobrarme de mi asombro, me pregunto si se trata de un caso de locura, ó de extravagante ficción literaria, de que nos hace víctimas algún desconocido.

He procurado traducir fielmente lo escrito.

Tú lector discreto decidirás.

* * *

«¿Que la locura se hereda...? ¡Mentira!

»Mi madre murió loca, y mi tío Santiago está »en un manicomio.

»Cierto que mi hermano Luis se obstina en

»darse puñetazos en el pecho, y jura y perjura »que está hueco.... ¡Pobrecillo!

»Pero ¿y yo? ¡Firme como una roca!

»¡Qué más quisieran mis parientes, que cojer»me en un renuncio para heredarme en vida!

»¡Miserables! ¡¡Canallas!! Creen que ignoro »que me llaman el solitario, y dicen que estoy »loco, porque me empeño en vivir solo, y pre»paro yo mismo los huevos duros que me sir»ven de alimento....

»Que tome un criado... ¡Qué más quisieran »ellos!

»Que tome un criado... Justo... ¡para que me »envenene!...

»¡Oh! ¡les aborrezco!... Sobre todo al tío An»drés.

»Cuando me pregunta—¿cómo va esa cabeza? »—moviendo la suya con ademán de lástima, ne»cesito contenerme para no abofetearle...

»Pero ¡cá! ¡eso quisieran ellos!... ¡violencias! »¡Pobre chico! ¡Claro! ¡Su madre loca! ¡Su her»mano loco! ¡Ah! ¡la herencia!...

»¡Eso! la *herencia* es lo que os confabula con»tra mí!...

»Por eso quiero escribir cuanto piense, cuan»to suceda, para poder probar un día que no es»tá loco quien discurre así.

*
* *

»Hoy he visto al tío Andrés en la botica.

»Me miró con lástima y afirmó que me encon-»traba un aire extraño. Con qué humildad le dí »las gracias por su interés... y por dentro ¡qué »rabia!

»Hablaron de ladrones. Parece que menu-»dean los robos, desde que han venido los ita-»lianos á trabajar en la vía.

»Mi tío me aconsejó que tomara precaucio-»nes, ya que tengo la manía de vivir sólo... ¡La »*manía!*... ¡Canalla! ¡Con qué placer me desaría »de tí!

»Luego se quejaron de la justicia. Dicen que »aún está impune el asesinato del gendarme.

»¡Qué talento supone burlar así á todo el »mundo!... ¡á todos!

»Si yo matase á mi tío ¿quién podría figurar-»se que yo, el taciturno... el tímido solitario, era »el matador?...

»Pero, ¿en quién recaerían las sospechas? La »justicia necesita una víctima, y no le importa »mucho cuál, con tal que sea alguna.

»Buscarían... indagarían...

»Decididamente... ¡es muy difícil!...

*
* *

»¡Pues, no es tan difícil!

»Desde que se me ocurrió la idea la tengo »ante mi vista terca como una mosca pegajosa...

»Se posa en mi frente; sacudo la cabeza, revolo-»tea zumbando, y... ¡á la nariz! ¡Nada! ¡No hay »medio de quitármela de encima!...

»Anoche, estando en la huerta, le sentí pasar.

»Iba como todos los sábados á pagar á los »trabajadores de su cantera.

»Iba solo... ¡imprudente!... ¡si los italianos lo »supieran!...

»Y debió cruzarse con el que todas las no-»ches pasa ante mi puerta, contoneando su arro-»gante busto de bandido calabrés, al decirme:

»—Buona sera, signor—con su pastosa voz de »barítono.

»Deshacerme de mi tío—pero... ¿y el mata-»dor?

»¡Yo! una puñalada... y hombre á tierra!...

»¡Qué tontería! Una puñalada, y por miedo á »herirme no tengo en mi casa ni un mal cuchillo »de cocina.



»¡Ya tengo un puñal! ¡El diablo me lo ha »dado!

«Estaba yo esta tarde á la puerta del jardín, »cuando acertó á pasar el italiano.

»Venía cantando, contra su costumbre (sin »duda efecto de algunas copas de más, por ser »domingo) y se detuvo á hablarme en la dulce »jerga de su país.

»El era hortelano; había sido *jardiniere* de

»un *conte:* entró en el jardín sin ceremonia algu-»na, quitándose la chaqueta se puso á trabajar, »hablando á los frutales y á las flores, como anti-»guos amigos:

—»¡Superba ficaia! ¡Il bel gelsomino!...

«Yo riéndome le seguía con la mirada, cuan-»do de pronto me quedé yerto.

»Había colgado su chaqueta de un árbol...

«Por el bolsillo interior asomaba ofreciéndose-»me, el mango de un puñal...

»¡Ahí le tienes! me dijo *la idea.*

»El estaba de espaldas... Un momento des-»pués, ya estaba el cuchillo en mi poder...

»Al poco rato vino á mí, disculpándose, un »poco avergonzado de su libertad. Le obsequié »con un vaso de vino generoso, que él bebió, »deseándome, con aire solemne, salud y for-»tuna...

»¡Qué miedo de que echase de menos el pu-»ñal!...

»Luego se alejó, haciendo reverencias hasta »doblar la esquina.

»¡No ha notado nada!

*
* *

»Hoy es viernes. Preparemos el plan.

»El tío pasará á las ocho como de costumbre.

»El italiado á las nueve en punto como un »reloj... ¡Claro! ¡cuando cierran la taberna!...

»Tengo una hora mía.

»Esperaré en acecho tras el álamo enorme, y »al pasar...

»Pero ¿y si se defiende?

»¡Imposible! He acribillado un tronco ensa- »yando el golpe...

»¡Zas! ¡al corazón!

»Tengo que robarle... ¡es lo vulgar!

»Luego arrastraré su cuerpo hasta la zanja »que ví ayer... tres metros de larga, por dos de »ancha... ¡ni pintada!...

»¡Ah! ¡golpe maestro! En la zanja misma de- »nunciará á su dueño el puñal del italiano.

***

»Ya estoy libre... ¡libre! y ¡adivina quién te »dió!...

»Voy á gozar, recordando la escena punto »por punto...

»A las siete... anochecía... ya estaba yo en »acecho detrás del álamo.

¡Qùé impaciencia! Un maldito grillo, chirria- »ba acompasado y lento, como la péndola de un »reloj que no acaba de dar la hora que se es- »pera.

»El del pueblo dió las siete y media... mucho »después las ocho... y las ocho y media... ¡Qué »miedo de que no viniese!

»Al fin sentí desde muy lejos sus pasos.

»Silbaba entre dientes: se fué acercando..... »acercando: pasó rozándome, alcé el brazo y »¡zás! al suelo.

»Pero se incorporó enseguida, apuntándome »con su revòlver.

»Debió conocerme, porque se dejó caer gri- »tando: ¡Ah! ¡loco!... ¡loco!

»¡Miserable! me arrojé sobre él y le rebané el »pescuezo.

»Con que loco ¿eh?

»Vacié el contenido de la cartera en su pa- »ñuelo, y luego á la zanja el cuerpo y el puñal. »Después corriendo... ¡á casa! Ya no debía tar- »dar el italiano.

»Al verme en el portal, con el pañuelo del »muerto en la mano, caí en la cuenta de que, »marcado como estaba, podía ser fatal indicio »contra mí. ¿Qué hacer? Quemarlo.

»¡Ah! ¡qué idea! Salí al camino, y dejé en me- »dio de él el pañuelo lleno de dinero; luego á »casa otra vez, á esperar con el oído pegado á la »cerradura.

»No tardé en oir sus pasos resonando en la »noche. Le sentí detenerse ante el bulto blanco, »luego el tintín de la plata, una exclamación de »alegre sorpresa, y el precipitado correr de un »hombre en desatinada fuga.

»¡Golpe redondo!

»¡Qué contento iría de su hallazgo!

»Yo ante la alegría del miserable corriendo á »la guillotina, me apoyé contra el muro y... va»mos, esta vez no encuentro otra palabra; ¡me »retorcí riéndome como un loco!

*
* *

»He representado muy bien mi papel.

»Cuando me dieron la noticia, me puse páli»do... ¡Claro! ¡la sorpresa! Corrí luego á la casa »desolada, y los hijos del muerto lloraron en mis »brazos... ¡Buen pariente...!

»A la tarde, se me metió en la cabeza acom»pañar al Juez al lugar del suceso. No me ha cos»tado trabajo conseguirlo. Es condiscípulo mío »y me aprecia.

»Ibamos solos y silenciosos... Llegamos.

»Ya no quedaba más rastro que una mancha »roja diluída por las lluvias de la noche.

»El Juez permanecía absorto y mudo... ¿Qué »pensaría?

»Reconstruía la escena.

»De pronto, me miró fijamente, me empujó »hasta el álamo, hasta ocultarme tras de él: ¡co»mo entonces! y dijo con voz sorda estas pala»bras que me helaron:

»—Tú eres el asesino...

»¡Qué horror! Me salvaron mi espanto mismo »y su distracción.

»El siguió diciendo:

»—Yo paso por aquí..... cerca del árbol. »¡Hiere!

»—Hombre ¡qué cosas tienes! Comprende »que en mi caso...

»—Sí, bastante caso haces tú del tío Andrés... »¡Vamos ayúdame á reconstruir el crimen!

»No hubo más remedio... excitadísimo, con»vulso le herí; el golpe ensayado, y cayó al sue»lo... ¡idéntico!

»—Pero no murió—dijo el Juez como si pen»sara en voz alta—puesto que pudo empuñar el »revòlver que ha costado tanto trabajo arrancar »de su mano crispada. ¿Por qué no disparó? Y en »su semblante no hay ira, ni odio... Es la dolo»rosa sorpresa de César herido por Bruto... In»dudablemente conocía y amaba al matador.

»—¿Y el cuerpo del delito?—pregunté por »distraerle.

»—No le han hallado. ¡Me secundan tan mal! »—dijo con desaliento.

»Y debe estar por aquí... El homicida arroja »siempre al huir el arma que le compromete... »Por aquí arrastró el cadáver. ¡Es forzudo el »asesino!

»Contemplábamos la zanja medio llena de »agua turbia y rojiza.

»Yo exploraba con mi bastón el légamo del »fondo. tratando de recordar el sitio donde cayó »el puñal.

»—Aquí hay algo duro—dije al fin.

»El hizo saltar el puñal de un golpe: le exa- »minó minuciosamente y dijo al cabo:

»—Tenían razón las viejas, al decir que era »un italiano. Volvámonos, que quiero que esta »misma noche, duerma en la cárcel el criminal.

»¡Buen susto he llevado, pero en cambio he »puesto *sobre la pista* á la justicia!



»—Qué crimen tan vulgar—me ha dicho el »Juez esta mañana;—decididamente, he tenido »poca fortuna en mi estreno. Estoy como el due- »lista que al ir al *terreno* se encuentra frente á »frente de un aprendiz.

»Reconoce el arma por suya, ¡habrá tonto! y »dice que la perdió pocos días antes del suceso. »Se le ha ocupado la suma robada, con la cir- »cunstancia abrumadora de que la guardaba en- »vuelta en un pañuelo de la víctima. ¿Sabes qué »inventa para disculparse? Que la encontró en el »camino, y que al saber al día siguiente, momen- »tos antes de ser preso, lo ocurrido, iba á entre- »garlo al juzgado. Es *ingenioso* ¿verdad? ¡Con de- »cirte que hasta al declarar el sitio del *hallazgo,*

»señala un lugar inmediato al del crimen!... Lo »dicho: ¡estoy humillado!—.

»¡Ah! Juez perspicaz: comprendo tu repug»nancia á preparar para el cadalso, á un pez que »se deja coger en tan toscas redes; pero al ver la »facilidad con que os he prendido en las mias, »me enorgullece la idea de mi superioridad so»bre vosotros, Vulgo y Compañía, y cuando me »preguntan ahora—¿cómo va esa cabeza?—¡esta »cabeza que ha inventado este drama, suelo res»ponder riéndome: ¡Así! ¡así!



»¡Qué tres meses tan horribles...! Roído por »la calentura y teniendo que disimular ante las »gentes mi agonía... De conocerla, habrían en»viado á un médico, que me hubiera oído deli»rar, cuando furioso, apuñalaba mi imagen en los »espejos.

»¿Y esta confesión? Si la encontraran... La »quemaré.

»¡Oh! no; quiero publicarla para asombrar al »mundo! ¡pero lejos, muy lejos de aquí!



»Hoy he visto sentenciar á muerte al italiano.

»Cuando le preguntaron si tenía algo que »alegar, dijo golpeándose el pecho:

»—¡Sono inocente! ¡Sono inocente!—

»Dos letrados decían cerca de mí:

»—¡Qué cinismo!—



»Hoy le han guillotinado... ¡Respiro!

»¿Y estos papeles?

»Iré á Marsella, y los daré á un marinero del »primer buque próximo á partir.»

¡Qué horror! ó ¡qué guasa!



EXPROPIACIÓN VOLUNTARIA

(A mi buen amigo Miguel de Unamuno.)

La verdad es que es *mucho* Casino el de B.

Todo el mundo reconoce que es demasiado hermoso, que apabulla al pueblo, que parece agazaparse tras de su ingente mole.

Pero todos estamos orgullosos de él: aun los mismos á quienes quita las vistas, y corta los horizontes.

Le hemos visto crecer de día en día, y en nuestras cartas á los ausentes, figura la descripción de la última torrecilla empizarrada, al lado de la noticia del primer diente del sobrinillo. Es para todos nosotros cosa de familia.

La verdad es que nos ha costado buenos trabajos.

Primero para reunir el dinero, que no son moco de pavo veinticinco mil duros.

Los pueblos vecinos, enterados de nuestr proyectos, los tenían por bravatas.

—¡No podrán! — se decía. —¿A que no se hace?

Cuando las paredes comenzaron á brotar del suelo, como extraña vegetación de piedra, dibujando al contorno del edificio, un forastero tuvo una ocurrencia que hizo fortuna:

—¡Qué buena fonda van á tener los de B!

Y era temor de propios, y acaso esperanza de extraños, la bancarrota final, que dejara al contratista propietario del edificio.

Muchos fueron los tropiezos. Los recordamos á menudo, porque es muy grato, en el puerto tranquilo, hablar de la tempestad.

Uno me viene á las mientes, que mantuvo al pueblo entero dudoso del éxito, febril, pendiente de la monomanía de una vieja, con la cólera del vencedor, cuyo carro triunfal detiene un grano de arena.

Delante del solar del Casino había una casa modestísima.

El proyecto era su sentencia de muerte. Con el primer dinero, se compraron el estanquillo del piso bajo, el primer piso y los desvanes. ¿Y el segundo piso? ¡Aquí fué Troya!

Teníalo por casi única propiedad una vieja, sin otro amor que sus cuatro *vientos* (eso sí, ¡magníficos!) la cual desde el principio, rechazó indignada toda proposición.

—Sí, mucho; ¿vender yo mi casa hermosa...

con sus *cuatro vientos,* y junto al mar...? ¡Nunca...! ¡ni por mil duros...!

Los comisionados se horrorizaron del precio. ¡Mil duros! ¡Aquel tabuco valdría en buena ley, á todo tirar, tres mil pesetas!

Y empezó el regateo, mejor dicho el aumento paulatino de las ofertas, contestadas por la terca vieja con reiteradas repulsas.

Crecía el deseo al volar el tiempo, y sólo se aguardaba para comenzar los trabajos, la resolución de este incidente.

Perdida la paciencia, el presidente de la comisión, dolorido y á regañadientes, tuvo que convenir en que no había otro remedio.

—¡Habrá que darle los mil duros!—dijo por fin.

Pero cuando los comisionados fueron á partipar á la vieja que se aceptaba la enorme cifra, les esperaba otra sorpresa.

¡No señor, ni por mil duros, ni por nada...! ¿Para qué quería ella el dinero? Ella quería su casa... la casa de los *cuatro vientos,* donde habían muerto sus padres, y nacido y muerto sus hijos... Había dicho míl duros, como la cifra máxima de ella conocida, solo para dar más fuerza á su negativa.

Los comisionados, aturdidos al principio ante la dificultad inesperada, se obstinaron en explicar á la vieja lo que perdía al no aceptar.

Uno de ellos, se extendió en pintoresca des-

cripción de la encantada vida del rentista: la habló de un dinero que se cobraba por trimestres en el Banco, ganado sin trabajar, como llovido del cielo.

¡Quiá! Ni por esas; ¡como si hablasen á la pared!

Otro (el tesorero) corrió á su casa con repentina inspiración, diciendo entre dientes:

—Esta mujer, no sabe lo que son mil duros.

Volvió con una talega, y la volcó, en sonoro torrente de plata, sobre la endeble mesilla de pino.

La habitación se extremeció toda, y hasta el Santo, que sobre la desvencijada cómoda adornaba la estancia, se movió como sorprendido.

La vieja cesó, por primera vez, en su charla furiosa; miró con respetuoso asombro aquella riqueza jamás soñada; se le encendieron los ojillos, y alargó con involuntario movimiento las manos trémulas hacia el montón de plata, aunque sin osar tocarlo.

Pero su aturdimiento duró solo unos instantes.

Se recobró pronto, y para fortalecerse en su resolución primera, se asomó sucesivamente á los cuatro horizontes, mirando embelesada primero al mar, y luego al pueblo y al camino. Después rechazó el dinero sin mirarlo, con decisión tan fría, que los comisionados se fueron sin n sistir, con las orejas gachas.

Entonces empezó una resistencia épica de la vieja, huraña y terca, ante la hostilidad del pueblo entero.

Todos los chiquillos, fueron invitados á mirar como suyos los pisos adquiridos, y era aquello en todos los momentos del día, olla de grillos, infernal batahola; leonera en la que centenares de granujas, borrachos de ruido, pataleaban danzas guerreras entre alaridos salvajes.

Se suprimieron puertas y ventanas y la casita parecía saqueada.

Por las noches el miedo sucedía á la ira.

Se concedió franco asilo á gitanos y aventureros, y á veces, al entrar en el portal sin puerta, pisaba la vieja á algún vagabundo dormido, quien, al brusco despertar, se erguía amenazándola entre juramentos.

En las noches de temporal los *cuatro vientos* parecían aprovecharse del sueño de los chiquillos, para solazarse á su vez, en orgía de sonidos extraños; silbando en los huecos de las ventanas, gimiendo en el cañón de las chimeneas, y bufando al sacudir un portazo con un resto de batiente.

La pobre vieja permanecía insomne, aterrorizada, en espera del alba, echando de menos al día, á pesar del estruendo de los chicos; y pasado el vivo espanto que erizaba sus cabellos al sentir un nuevo alarido inexplicable, ¡el grito de horror de un alma en pena! entre airada y me-

drosa, insultaba á las sombras al arrebujarse en las sábanas.

—¡Cochinos! ¡más que cochinos! *¡Júdios!* ¡más que *júdios!*

Pero lo que ella temió desde el principio, sucedió muy pronto.

Ya sabía cuánto codician, para su albergue, las almas en pena, la casa sin hogar, en que no se consuma diariamente el sacrificio del fuego.

Una noche ¡no cabía dudar! sintió ruido de cadenas .. Y en plena calma, alaridos de fiera hambrienta y castigada, aún más angustiosos que los del vendabal, contestados por voces humanas en lengua desconocida...

Pasó la noche rezando, y al día siguiente cedió; vendió la casa sin preguntar el precio, que (dicho sea en honor de mis paisanos) fué doble del verdadero.

El accidente decisivo, había sido obra de la casualidad, que llevó al abrigo del gratuito albergue, á unos exhibidores de osos «otzo maculiña» como les llaman allí. De ahí los ruidos de cadenas y los alaridos de hambre.

El Casino es hoy un hecho, y todos mis paisanos lo contemplan con orgullo.

Solo la vieja desposeída de su casita hermosa, de los cuatro vientos, le mira con odio, y gruñe al pasar, como en las noches en que le espantaba el temporal:

—¡Júdios!... ¡más que júdios!...

EL DELIRIO

—Nada de cuidado—la dijo el médico cuando, llena de inquietud, le acompañó hasta la puerta.—¿Ha tenido estos días algún disgusto serio?

—No, ninguno: me lo hubiera dicho.

—De todos modos, no es nada: tiene fiebre bastante alta, y como es tan nervioso, tendrá probablemente algo de delirio. No se apure usted aunque así sea, que eso no tiene importancia. Con que, una cucharada cada dos horas y hasta mañana, que vendré á ver cómo sigue.

Algo más tranquila volvió á la alcoba del enfermo, y permaneció largo rato en pié á su cabecera, oyendo con atención profunda su agitada respiración. Puso una mano sobre su frente y creyó sentir una quemadura. Vió que sus párpados entreabiertos dejaban ver la blancura del globo del ojo, y se angustió muchísimo: así se figuraba ella á los muertos.

A las doce hizo acostarse á la criada: ella le

velaría trabajando. Entraba en la alcoba silenciosa la voz del mar, haciendo resaltar por el contraste de su respiración acompasada y lenta, la presurosa del enfermo.

Era la primera vez que, en cuatro años, le veía así, y su imaginación se llenaba de ideas lúgubres.... ¡ella viuda! ¡su Carmencita huérfana, á los dos años!...

Al verle á él, al protector, al fuerte, rendido y á su merced, se sentía incapaz del valor moral necesario para defenderle.

Huérfana y sola, su timidez inerte, casi enfermiza, la había mantenido toda su vida en continua tutela. En su niñez y en su adolescencia, la dominante protección de su prima Marta, su única amiga, le había privado de voluntad propia, incapaz de un pensamiento que no fuese inspirado por ella.

Su primera rebelión se la dictó el amor: Marta se había opuesto con abierta obstinación, con tenaz empeño á su enlace, por extraña antipatía hacia su marido, y ella se casó á pesar de ello, no como oprimido que desea ser libre, sino como esclavo que cambia de dueño.

¿Por qué era así?

Sin duda su marido la adoraba y era para ella cariñoso y bueno; pero no se hacía ilusiones; la trataba como á una niña grande. Cierto que en principio se había esforzado en formar su carácter inconsistente y fluido; en despertar iniciati-

vas dormidas; pero ella era tan tímida, se entregaba á él con tal absoluta confianza, sorprendida y desconcertada ante una consulta y sin más que una respuesta:—¡como tú quieras!—que ahora él regía, sin darse cuenta de ello, sus menores actos, con la resuelta tiranía de un autócrata adorado.

Las dos: llenó cuidadosamente la cuchara y se acercó al dormido, más agitado cada vez.

—Luis; Luis mío—le llamó suavemente—toma, mi bien, esta medicina que te va á poner buena. ¿No me haces caso? Luis, Luis, ¡despierta¡

Viendo que era vano el llamarle, pasó su brazo por debajo de la cabeza inerte, la levantó con esfuerzo hasta incorporarle á medias, logró introducir en su boca entreabierta el espeso licor, y apoyó rápidamente la cabeza en la almohada, creyendo así conseguidos sus fines.

La no prevista, aunque natural, consecuencia de esta maniobra, fué un golpe de tos, que derramó sobre la cama el líquido ingerido.

¡Qué torpeza! Era para desesperarse tanta inutilidad. ¡Era tan novicia en tales casos! ¿Por qué no había escrito á Marta, más diestra, más valiente? Y ella hubiera volado en su ayuda; ¿ácaso no era más que su prima, su hermana mayor? Cierto que mediaba entre ella y Luis profunda antipatía, causa de la actual frialdad de su trato; pero en tal ocasión, su carencia absoluta de parientes ni relaciones, la hubieran dado de-

recho á su ayuda, si no bastara el recuerdo de toda su vida de soltera. Sí, debía haberla avisado. A ella, aquel silencio de la alta noche, y aquella soledad desamparada, la empavorecían.

Volvía á llenar la cuchara y trataba de incorparar otra vez á su marido, cuando éste despertó bruscamente, se sentó en el lecho, y volvió hacia ella sus ojos brillantes, con la indecisión vagorosa del desvarío.

—¿Cómo te sientes?—le preguntó la joven en voz baja, llena de timidez ante aquella mirada extraña, que se clavaba en ella ardiente y fija.

El, sin responderla, ciñó su cintura con brusca rudeza que hizo verterse la medicina, la sentó á su lado, y la besó largamente con labios febriles.

—Es el último... ¿lo oyes?... ¡el último!—dijo con lenta voz, sorda y entrecortada por la fatiga —el último... Mi conciencia me prohibe darte uno más.

Hubo un momento de silencio en que la miró con el ansioso afán de la despedida. Luego, muy bajo, como presa de súbito pavor, dijo con angustia:

—¡Marta! ¡Marta! ¡yo no puedo engañar más tiempo á esa inocente...!

¿Qué sintió? El aturdidor golpe brutal... la mareante oscilación del terremoto y allá en el fondo del alma infantil, el doloroso deslumbramiento de repentina luz, hiriendo ojos dormidos.

Un momento, desprendida de sus brazos, de pié en medio de la estancia, le miró con ira.

Fué solo un instante: la reacción trajo lágrimas á sus ojos y esperanza á su corazón. Desvaríos de enfermo delirante, ¿quién os escucha?

—Dime que eso es mentira—le dijo entre caricias—tú eres incapaz de engañar á nadie, y menos á mí que te quiero tanto. ¿Qué dices de Marta? ¡Mírame, soy yo tu mujercita! ¿Te burlas de mí? (con forzada risa) ¡si no conoceré yo las bromas del señorito! Pero esta ha sido mala, ¡muy mala! ¡me has hecho un daño...! ¡tranquilízame...!

El, sin entenderla, á juzgar por la expresión de su rostro, se reclinó á medias, moviendo la cabeza con ademán de desaliento.—¡Siempre lo mismo...!—Luego con súbita cólera dijo:—Déjame ser honrado...! ¡Esto... esto... es una infamia! No sospechas lo que sufro al volver á mi casa... ¿Sabes qué me dijo ayer riñéndome entre dos besos? Luis mío, ¿por qué no quieres á Marta ..?

¡Ay! Aquello no era visión de calentura, sino recuerdo reciente y claro. Ahora comprendió la infeliz aquella respuesta colérica, aquel ceñudo —¡no me hables de eso!—inexplicable ayer.

Y seguía escuchando, con la curiosidad dolorosa del médico que sondea la propia herida.

—Ya te lo dije ayer... esto acabó... ¡para siempre...! ¿Que no me cuesta...? ¡que yo no sacrifico nada...! Toca mi frente... ¿lo ves? tengo

fiebre... Pues bien ¡no quiero curarme porque mi medicina ¡eres tú.....! mi medicina y mi muerte...

La había enlazado con amante halago, é imprimió en sus labios un beso que la arrancó un grito, como una quemadura. Forcejeó con ira, con asco de aquellas caricias, hechas á otra y corrió trémula y descompuesta sin más que un pensamiento: huir.

Sobre la cuna de su hija, se despidió llorando de su dicha muerta. Se marcharía... ¿A dónde? ¿Qué importaba? Lejos ¡muy lejos...!

¡En qué paz dormía la pobre monina, tan agena del golpe aciago que la dejaba huérfana...!

Hasta entonces, en su dolor celoso de esposa ultrajada, no había pensado en la desventura de aquel otro pobre sér inocente... ¿Qué iba á ser de ella? Su padre había muerto .. ¡la vestiría de luto, y ella, su madre, la querría por los dos...!

En un instante, con la lucidez de la fiebre, vió toda su vida futura, triste, pero serena. Qué hermosa misión velar á su hija, guiar sus pasos, juntas siempre por la misma senda, ella delante, arrancando sus espinas á las flores del camino... No la abandonaría un momento... y luego, al casarla, ella encontraría un hombre capaz de continuar su obra; de adorarla con amor honrado y leal.

Pero ¿de quién fiarse? ¿á quién creer? El recuerdo de su amor primero y único, brotó en su

mente ahogándola en la ola amarga del bien perdido... Recordó su fé, su confianza en aquella mentira deliciosa de tan cruel despertar, y estalló en sollozos de loca, que despertaron á la niña, quien asustada rompió á llorar.

Y abrazando á su hija, meciéndola para acallar su llanto, le repetía, besándola con desvarío:

—¡No te cases! ¡no te cases!

....

En el balcón, empapada por la ténue lluvia, de codos en el antepecho, como si escuchara con atención profunda misteriosos consejos del mar, la sorprendió la aurora.

El frío del amanecer, el cansancio de una noche de insomnio, calmando sus nervios, dieron á sus pensamientos un giro nuevo.

¿Qué amargas escenas iba á iluminar en la casa soñolienta y tranquila, la luz del nuevo día, que alboreaba entre la bruma, tristón y descolorido?

¡Un escándalo que entregaría á los vientos de la maledicencia su recogido hogar!...

Y la cobardía de su amor que, aun ultrajado, no se resignaba á morir, le inspiró una excusa...

—¡Dice que han reñido para siempre!...

La voz de su marido la sobrecogió llamándola, y en un momento, mil ideas encontradas se atropellaron en su mente.

—¡Voy!... ¡voy!...

Se acercó á la cama, muy pálida y con los ojos bajos...

—¿Cómo estás?

—Ahora mejor...—dijo él devorándola con ojos inquietos.—¡Qué mal sueño!... Creí que me ahandonabas.,.

Hubo un silencio, durante el cual, el enfermo la observó con creciente ansiedad.

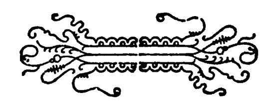
Al fin, con voz que su debilidad hacía más suplicante, dijo, buscando en vano la mirada de aquellos ojos bajos:

—He debido delirar... ¿He dicho algo...?

Ante aquella confesión humilde, la joven sintió que una ola de piedad invadía su pecho... ¡Es tan hermoso perdonar!

Le miró sonriendo al través de sus lágrimas, y dijo con sencillez:

—No... no... ¡nada!



LACRIMÆ RERUM

OID lo que, en la catedral desierta, se decían una tarde invernal, cosas que fueron nuevas hace siglos.

Oidlas: siempre es útil escuchar á los ancianos.

El órgano

¡Soy ya muy viejo!

Tanto que á la doble acción del orín y la carcoma, noto que mi voz balbuce y se apaga en carraspera senil, y que el aire se escapa por mis brechas con zumbona risa.

Tal vez por eso, cuando extremecido exhalo mis ansias y recuerdos, en ráfaga armoniosa que hace retemblar en la sombra las altas bóvedas, ya no percibo la sensación de religioso espanto, con que mi voz abrumaba en otro tiempo á las prosternadas muchedumbres.

¡Soy ya muy viejo! Pero ¿soy yo acaso lo único envejecido por tantos siglos?

Resonó mi canto primero en la consagración de un rey, ensalzando á la vez las majestades de la tierra y del cielo.

El Arte anidaba entonces en las cumbres.

¡Cuánto tiempo, pulsado por maestros venerables, envejecidos conmigo, he sido voz de un pueblo! Yo ennoblecí sus alegrías, dulcifiqué sus dolores, supe despertar, en lucha sin tregua con la materia sensual é inerte, sus dormidos anhelos de otra vida.

He visto pasar las generaciones, fieles guardadoras de la heredada fé, y he arrancado á los ojos del caduco anciano, las mismas dulces lágrimas, al través de las cuales, miró al cielo en su infancia enternecido á mi voz.

Mas ¡ay!, lentamente ví filtrarse á través de los espesos muros, un sentimiento hostil. Ví rostros altaneros, donde antes frentes humilladas; miradas curiosas y analizadoras, en ojos que ya no empañaba el llanto. Ricos plebeyos hablaban, sin escucharme, de arquitectura, mirando irreverentes á los altares, y de sus labios recogí una palabra desconocida: revolución.

Pronto comprendí mi desdicha: la majestad de uno sólo, caía vencida, y el regio manto desgarrado por manos famélicas, cubría á mil endiosados tiranuelos con harapos de realeza.

¿Qué menguado artista cantaría aquel triunfo?

Por el boquete que abrió en los pintados vidrios una pedrada impía, le ví por fin. Ocupaba

preferente lugar en salón amanerado, cuya vulgaridad aparecía entre los oropeles de una falsa opulencia. Era pequeño, de insignificante aspecto; un mueble más; obra de la moderna industria que, sierva codiciosa del gran número, adora lo barato. Se llamaba forte-piano.

¡Cómo me torturas, fría parodia de mis ayes, vocecilla débil, humana siempre, incapaz del grito de angustia, ni el trueno de cólera, copia servil del hombre, sin una nota digna de Dios!

¡Me has sucedido; pero sin reemplazarme! Elegido por individualismo egoista, eres pequeño para la agrupación gigantesca y unánime.

¡Reina en los salones! ¡El templo es mío!

¡A la sombra de los robustos pilares, árboles cuyas cimas se pierden en la altura, ora inunde las naves de trinos y gorjeos, ora las sacuda con explosiòn potente, ave canora ó viento de tempestad, mi aliento sólo, debe extremecer el bosque de granito!

Eres el instrumento burgués por excelencia, digno cortesano de mezquinos reyezuelos vanidosos; pero tu privanza y favor, no durarán más tiempo que su reinado.

Ayer, entre el tumulto de una turba harapienta y ebria, llegó hasta mí una lluvia de sonidos tenues, de tartamudez gangosa, á un tiempo mortecinos y chillones...

Era tu sucesor, más barato que tú, capaz de seguir á su dueño al taller ó á la barricada... El

histrión de la plebe: ¡un acordeón, acompañando una canción socialista...!

El cuadro

Yo también, olvidado y sólo, lloro pasados tiempos.

Fray Angélico me pintó rezando.

Durante siglos, madres angustiadas me han pedido salud para sus hijos, y su piedad hacía lucir ante mí una lámpara, que ardía perenne, como oración silenciosa, en el recogimiento de la capilla.

Hoy me juzgan críticos y me valoran anticuarios.

Y veo como tú en el salón burgués, el cuadro de historia, que intenta eternizar humanas glorias de un día, y el procaz desnudo, himno brutal á la carne lujuriosa.

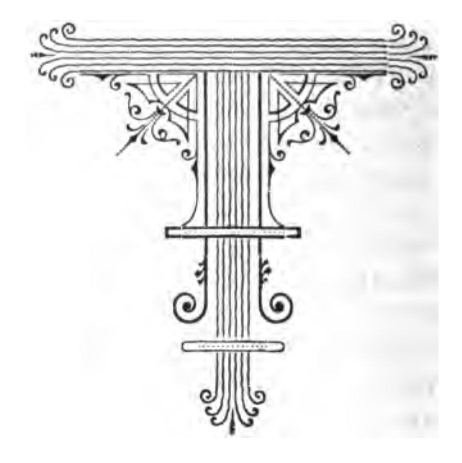
Yo también presiento al vengador. He visto en la plaza pública, rodeado por corro numeroso y siniestro el cromo anarquista, cuadro de una religión nueva que tiene santos incendiarios y mártires dinamiteros...

El Misal

Hermanos, compadecedme.

Un benedictino gastó su existencia toda en miniar mis cantos religiosos.

Hoy, caído del atril, entre periódicos viejos, oprimo entre mis hojas, que amarillean de cólera, un número de *La Lucha de Clases,* puesto por el sacristán para señalar el «¡Dies irœ!»



¡NIHILISTA!

San Baudilio 1.º de Mayo de 189...

Considerando que la sociedad es absurda;

Considerando que 1.400 millones de seres humanos sufren el suplicio de vivir, sin haber hecho nada por merecerlo;

Considerando, en fin, que el mundo es criminal,

¡Le sentenciamos á muerte...!

Hace treinta años éramos tres: ¡hoy somos tres millones...!

Y, no débiles abrumados al peso de su carga, ni harapientos que se aprietan el cinto cuando les roe el hambre.

¡No! Somos los más ricos, los más sabios, los más fuertes... Los que al alcanzar las cumbres, hemos visto desde ellas el desolado desierto de la vida...

¡Hueste convencida y resuelta!

Capital social: 3.000.000.000 de duros.

Al principio ¡mezquino error! pedimos ayuda á la Guerra.

En los opuestos bandos de la terrible lid separatista, los *nuestros* fabricando cañones é inventando torpedos, tiñeron de sangre los valles y las olas de Norte América.

Uno de los *nuestros* dió á Dreyse la idea de su fusil de aguja... ¡500.000 vidas en números redondos!... Otro inventó la dinamita... Hoy mismo en cien laboratorios, sabios *nuestros* buscan con ansia el explosivo ideal, bastante enérgico para volar al mundo...

Pero la Guerra es aliada engañosa.

Sus heridas se restañan solas. Los campos regados con sangre brotan vidas nuevas, y las formidables máquinas de guerra que inventamos, en vez de excitar á los pueblos á destruirse, les acobardan y apaciguan.

Nuestra aliada natural es el Hambre.

Con su ayuda arrebatamos, hace años, á dos provincias de la China, los dos tercios de su población...

Empujados por ella, los aldeanos en Rusia abandonan los campos y alarman á las ciudades...

Alemanes, Italianos y Españoles emigran en masa...

¡Nuestra enemiga es la madre tierra, la fe-

cunda bienhechora, que prodiga sus frutos á los que la surcan y destrozan con sus arados...!

¡La venceremos! ¡La Industria nos ayuda!

Sus catedrales de hierro llenas de máquinas ensordecientes, sus minas negras, sus hornos devoradores, atraen al campesino con el cebo de mayor ganancia, y le envejecen y aniquilan en diez años. Les consumen en trabajos estériles y mal sanos, y por dar espejos á las hermosas, 10.000 azogados tiritan al sol, en los campos esterilizados por las calcinaciones...

¡Bien por la Industria!

Ante su concurrencia las tierras depreciadas bajan, y el pan sube.

Y *nosotros* compramos sin cesar. Luego, por medio de máquinas y abonos químicos, atormentamos á la madre tierra, provocando en ella, por intensa labor, una fecundidad artificial y dolorida.

Necesitamos excesos de producción, que nos hagan comprar más barato la tierra que nos falta.

¡Hoy las tres quintas partes de Europa nos pertenecen!

¿Qué haremos de ella cuando sea toda nuestra?

¡Ah! Es una idea sublime. ¡Plan que revela á un genio!

El Mediodía se cubrirá de jardines ¡muchos jardines! ¡El placer estéril!

Esconderemos la tierra bajo un manto de flores, y los mendigos hambrientos que muerdan las altas verjas, sentirán el mareo de la inanición, en medio de la onda de perfumes de una flora tropical, fragante y esplendorosa...

En el Norte hay que ser más prácticos.

Para el día en que el repuesto de hulla se acabe, plantaremos encinas ¡muchas encinas! ¡Burlesca promesa de frutos, en árboles que tardan siglos en crecer...!

¿Os asombra la idea? ¿Quereis conocer á su autor para venerar su nombre?

Se llama Ivan Ivanowitch.

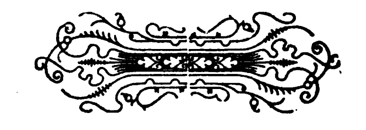
Nos pide dos siglos para despoblar á Europa.

No veremos los enardecidos combatientes el fin de nuestros esfuerzos; pero la idea de la victoria segura, nos alienta.

Y el que enseña á los anarquistas á fabricar la dinamita y la grisutina; el que vierte al oído de los huelguistas hambrientos esas doctrinas, latigazos que empujan al crimen; el banquero prestamista de naciones, que haciendo subir los cambios y los impuestos, ahonda abismos en las

fronteras de los pueblos, todos vemos en sueños la misma hermosa visión.

Vemos á Grecia, Italia, Portugal y España muertas, envueltas en su mortaja de flores, mientras invadiéndolo todo, expulsando al último arado de la última ladera, avanzan hasta los hielos del polo las encinas de Ivan Ivanowitch...



Á LA GUERRA

¡Salve, ley de la Guerra!
Desequilibrio colosal que al mundo
Mueve y transforma; antítesis que encierra
Lo horrible y lo fecundo;
Ansia de formas nuevas, cuyo anhelo,
Hace al arado profanar la tierra,
Y á Luzbel rebelarse contra el Cielo.

¡Ah! ¡Qué energías á tu voz despiertas!
Los impetuosos tiempos bramadores,
Desgajan ramas muertas
En la selva sonora, sacudida,
Y es el mar, implacable en sus furores,
La cuna universal de cuanto es vida!
¡Ay del pantano en que la fiebre anida!
¡De lo inmóvil se nutre la carcoma!
La muelle, envilecida.
Síbaris es la Paz... ¡La Guerra es Roma!

Sí: ¡bendita la lucha! ¿Quién te acrece
Sano vigor de raza belicosa,

Mientras débil el ala perezosa,
Se atrofia ó entumece?
¡Ay! ¡Cuando, en sangre tinta,
Mandíbula bestial ó corva garra,
Al ser último génito desgarra,
De especie sin vigor, con él extinta;
Cuando la raza blanca, ya del mundo
Potente soberana,
Hollando el resto inmundo
Del último Tasmanio moribundo,
Caza al indio en la selva americana,
¡Canta, moderna Musa, entristecida,
Las glorias del más fuerte!...
¡Ya la lucha brutal, signo de muerte,
Se erige en ley suprema de la vida!

Aún en los senos de la tierra, late
Mortífero combate,
Que en el mullido prado,
Tan fresco, y apacible, y perfumado,
Donde grato solaz mis miembros gozan,
Cuando el ardor canicular me enerva,
¡Acaso entrelazadas, de la hierba
Las hambrientas raíces, se destrozan!...

Quizá el pacto primero
Que á dos hombres unió con firme lazo,
Fué alianza de traición contra un tercero:
¡La lucha al comenzar, finge un abrazo!

Aquel canto sublime, que amoroso
Conservó el pueblo heleno en su memoria,
Fué un canto belicoso.
¿Qué es sino lid titánica la Historia?
¿Quién agolpó las tribus sino el miedo?
¿Quién ante un jefe de marcial denuedo
Las congregó aterradas,
Cuando, en horda famélica é impía,
Movieron sus vivientes oleadas
Hacia el fertil, risueño Mediodía,
De nuestro ardiente sol enamoradas?

En reinos las Provincias y Ciudades
Se agrupan á tu voz. A una victoria
Debe su trono un Rey. En las edades
En que ciego el Rencor guía á la Historia,
Tú á la ideal Fraternidad reemplazas,
Y al rápido ondular de tus banderas,
Se borran las fronteras
Que dividen los pueblos y las razas.

¿Por qué tu nombre aterra?
¡Bien hayan los cañones
Que, sobre el haz de la espantada tierra,
Han forjado compactas las Naciones,
En el sonante yunque de la Guerra!

Á DON QUIJOTE

Buen hidalgo, en tu loor
Va tosca lira á pulsar,
Vate tan loco de atar
Que es tu ardiente admirador;
Que al verte, batallador
Acometer sin espanto
Los riesgos de absurdo encanto,
Vacila su alma indecisa
Entre vislumbres de risa,
Y tentaciones de llanto.

Si en tus lides incesantes
¡Nata y flor de paladines!
Solo encuentras malandrines
Donde buscabas gigantes;
Quien en rebaños, brillantes
Escuadrones transfigura,
¿Menoscaba tu bravura?
¡No! buscar con tal porfía!
El peligro, es valentía;
¡No encontrarlo es desventura!

Si encantador, que no cesa
De tramar ficción traidora,
Cambia en vulgar labradora
La que soñaste princesa;
Si de difícil empresa
Te arranca el lauro y honor,
¡Ah! ¿qué infeliz soñador
No halla cual tú, en puridad,
En la fría realidad
Su maligno encantador?

En el mayor desatino
De tu triste vida errante,
Hay ansias de alma gigante
Ahogada en mundo mezquino:
Por eso, en rapto divino,
Pides con audaz empeño
Sus alas á Clavileño,
¿Hay acaso, un alma oscura
Que nunca alcéis á la altura,
Frágiles alas de un sueño?

En tu caridad ferviente,
Jamás, al herir tu oído
Lleno de angustia un gemido,
Le escuchas indiferente:
Al más débil, más clemente
Tiendes mano bienhechora,

Y al ir con fé vencedora
En pos de empresa que espanta,
Basta á detener tu planta
La voz de un zagal que llora.

Si tu siglo sin ventura
Lanza al semblante severo
Del último caballero
El baldón de la locura,
Si empequeñecer procura
Tu incomparable heroismo,
Es que en su frío egoismo,
Ningún cobarde opresor
Pudo ser tu admirador,
Sin despreciarse á sí mismo.

Pero la edad que redime
Al esclavo, la en que plugo
Al Quijote Víctor Hugo
Batallar contra el que oprime;
En que fué Byron, sublime
Paladín del pueblo Heleno,
¿Podrá dejar en el cieno
El nombre hermoso que invoco
Y oir que suena un—¡qué loco!—
Sin que respondan—¡qué bueno!—

¡Jamás! ¡Si entre el fango brilla
Con que intenta el vulgo necio
Borrar con falso desprecio
La admiración que le humilla!
Que su fé ¡su fé sencilla!
En raudal que no se agote
De entusiastas pechos brote,
Y en nuestra edad venturosa,
No habrá idea generosa
Que no encuentre un Don Quijote.

¡Alma anhelante del bien!
¡Noble incrédulo del mal
Hundido en un lodazal
Y soñando en un Edén!
No te entristezca el desdén
Con que censores de hielo
Premian tu férvido anhelo.
¡Siempre en el fango se entierra
Quien, cual tú, cruza la tierra
Con la mirada en el Cielo...!

Á VELARDE

¡Oh! qué hermosa es la paz! ¡la sonriente
virgen graciosa, cuya tersa frente
de pámpanos y espigas se corona,
cuando á los ecos de rabel sonoro,
rústico, alegre coro
de las vendimias la canción entona:
cuando mueve la miés sus verdes olas
y contrasta el paisaje campesino
la nieve perfumada del espino
entre manchas sangrientas de amapolas:
cuando, en la breve cuna adormecido,
la madre al fruto de su amor primero
mece á la sombra de árbol frutecido,
y en el casco abollado del guerrero
la paloma gentil hace su nido!
Mas ¡ay! si al león airado
ciego de orgullo el extranjero reta,
y ruge en el soldado
y es Musa balbuciente del poeta
la santa Indignación! ¡Ay! cuando estalla
en el cálido ambiente tormentoso,
que estremecen alientos de batalla,
del ronco bronce el trueno poderoso:
cómo palpita el corazón! ¡cuál arde

en pátrio amor y en bélico deseo!
y cómo ¡acaso tarde!
pide á la musa pastoril cobarde
los inflamados cantos de Tirteo!

Primero es densa nube pavorosa
que invade silenciosa
los dominios del sol; después, tonante,
símbolo audaz de cólera gigante
que aturde y ciega y horripila y mata,
la rápida centella se desata:
Así desde la plebe, que olfatea
la encubierta traición, el descontento
de la ciudad á la escondida aldea,
los espacios nubló del pensamiento.
Pronto el traidor con desdeñoso alarde
arrojó su antifaz ¡ah! vibró el rayo
la generosa diestra de Velarde,
y la plebe fué pueblo el Dos de Mayo.
Dió á las turbas la enseña de su nombre,
y guerra fué la rebelión plebeya;
en él la ira patriótica se hizo hombre,
y su muerte dió un héroe á la epopeya.

¡Parque de Monteleón, triste y severo!
¿por qué á tu entrada sórdida y mezquina,
pensativo el viajero,
presa de honda emoción, la frente inclina?
No fué la lid que presenciaste mudo,
de la innúmera hueste entusiasmada

tremendo choque, incontrastable y rudo;
fué encuentro desigual, como emboscada,
vergüenza de la historia,
donde cuenta, al final de la jornada,
gloriosos muertos, vencedor sin gloria.
¿Por qué entonces ¡oh patria! de aquel día
la página sombría
recuerdas con amor? ¡Ah! tú comprendes,
cuando del yerto olvido la defiendes,
cuánto fué de Velarde más hermoso
el patético fin, por su tristeza,
que hizo la oscuridad de su proeza
más grande el sacrificio generoso.
Cuando entre el ronco hervir de la batalla
silba con queja lúgubre y medrosa,
cebándose en las filas, la metralla,
y la pólvora al sol entenebrece,
y hasta el deber amedrentado calla,
á la voz del clarín, esplendorosa
surge grata visión. Ah! cómo acrece
del combate el ardor, su faz radiosa
que el bélico furor empalidece!
Ya la muerte no espanta, el ceño austero
desarruga el Deber, y entusiasmada
blande la hueste el fulminante acero.
Y cuando agita alegre, alborozada,
tinto en sangre el laurel que del valiente
a á coronar la enardecida frente,
, desceñido el manto,
ue al velar el peligro lo hermosea,

clama:—¡Venid! ¡Seguidme! ¡Soy la Gloria!—
el miserable, que gimió de espanto,
se lanza con denuedo á la pelea,
deslumbrado al fulgor de la victoria
que en sus ardientes ojos centellea.
Pero luchar sin el marcial estruendo,
que embriaga y convierte
la ansiedad en placer; luchar teniendo
la amarga convicción de oscura muerte.
Oyendo cual arguye, disfrazada
de rígido deber, la disciplina
que invoca la obediencia ¡voz mezquina
ante el ¡ay! de la patria profanada!
¡Seguro de baldón, sin fé en la Gloria,
juzgando esclava á la procaz Historia
del éxito brutal, que transfigura
al vencido en traidor!
¿Quién le dió aliento?
¿Fué el arranque febril de la locura?
¡No! ¡Su serena fé!
Su pensamiento
voló á la tierra hermosa
dó trascurrió su infancia venturosa:
vió el pobre campanario ¡su embeleso!
¡el último borrado en la partida!
¡lo primero entrevisto á su regreso!
Vió destacarse la montaña erguida,
que juzgó en su niñez que sustentaba
la bóveda del cielo; el mar sonante
de eterna juventud, inquieta y brava...

¿De qué le hablaron en aquel instante?
Desde la torre el símbolo divino,
de abnegación sublime consejero,
le señaló en el cielo su destino;
la cumbre, el pedestal que justiciero
Dios levanta á los héroes, que el mundo
desconoce ó desdeña; y el profundo
mar, que entre los peñascos forcejea,
le recordó la colosal pelea
de héroes sin nombre que, ateridos, yertos,
aun por la angustia, de sudor cubiertos
vuelven al golfo pérfido, espumante,
sin dar tiempo al abismo jadeante
de contar sus vencidos por los muertos!
¡Luchó y cayó! La muerte que tortura,
la enamorada cruel de cuanto es vida,
cuya torpe caricia desfigura,
le besó con respeto. Agradecida
hiciste ¡oh patria! de su nombre honrado
el talismán sagrado
que al labio acude si el peligro arrecia.
¡Ah! Mientras cantes cual la heróica Grecia,
hoy, como tú, sublime infortunada,
de tus valientes la legión sagrada,
no te infundan espanto los oscuros
arcanos mil del porvenir inciertos:
¡en el polvo fecundo de esos muertos
germinarán tus héroes futuros!

EL CEMENTERIO DEL PESCADOR

Sobre peñón desnudo,
cantil del ronco mar,
el campo de reposo
del marinero está.

El pérfido elemento
que combatió tenaz,
le aduerme con su arrullo
por una eternidad.

Cuando la hendida tapia
sacude el temporal,
y el golpe de las olas
hace al peñón temblar,
la mísera gaviota
temiendo al huracán,
guarécese en las tumbas
con áspero graznar.

¡Qué majestad grandiosa
en la canción del mar!
¡su espuma es el rocío
del campo funeral!
y forman el contraste
en que lo bello está
¡el mar, todo furores!
¡la muerte, toda paz!

EL ISLOTE

Un prado en una roca: ciñéndose á su falda
De la neblina el tul...
Y el mar le orla de espumas: ¡qué broche de es-
[meralda
Para su manto azul!

Y en su roído flanco, atronador se estrella
Con ciego frenesí.
¿Por qué en eterno embate, sus olas atropella
Contra el islote así?

¿Le adora ó le aborrece? Lo que en su voz espanta
¿Es ira ó es pasión?
mor; en el gorgeo del avecilla canta
Y ruge en el león!

¿Codicia de la cumbre la espléndida pradera?
O enciende su furor
Que en su dominio imprima la diosa Primavera
Su sello de verdor?

Agrieteada tapia que desmorona el viento
Sobre el peñón se ve:
Informes y hacinados escombros de un convento.
¡Ruina que un templo fué!

Desde la pétrea orilla, do escupe en su in-
[clemencia
Sus víctimas el mar,
Vió el templo derruído, del mar de la existencia
Los náufragos llegar

¿Qué horror les trajo al seno del piélago ira-
[cundo
De paz y olvido en pos?
¿Allí donde no llega la débil voz del mundo
Resuena la de Dios!

Allí del mar y el viento á la canción sonora
¡Qué dulce es meditar!
¡Qué acentos de consuelo guardáis para el que
[llora
Monólogos del mar!

Cuando, en la lid vencida, se rinde el alma an-
[siosa
De olvido y soledad,
Con fuerza irresistible, me atrae tu grandiosa
Severa majestad.

Veo en la hirviente espuma que forma, isla som-
[bría,
Tu blanco cinturón,
La insuperable valla, que cerca á cuanto ansía
Mi pobre corazón.

Y envidio al mar que llena con su gigante lucha
Tu ambiente virginal,
Y ansío ese concierto que ningún sér escucha
¡A ningún otro igual!

Y vengo á tí, isla amada, del piélago iracundo
De paz y olvido en pos...
A tí, donde no llega la débil voz del mundo
¡Y truena la de Dios!

LAS CAMPAÑAS DE LA COFRADÍA

Cuando la aurora hace arder
las veletas de Bermeo,
un alegre campaneo
saluda al amanecer.
Como la voz del deber
le oye el patrón resonar,
que, en su breve despertar,
le sobrecoge vibrando,
clara y firme voz de mando
que repite:—¡Al mar! ¡al mar...!

El mar columpió su cuna:
él copió naciente bozo
en curtida faz de mozo
hecha por el riesgo hombruna.
Dél solo esperó fortuna
el *marierdico* lampiño:
de su fecundo cariño
consiguió su dicha toda;
novio, el ajuar de la boda,
padre, la cuna del niño.

Amanece... ¡dan sus tres
toques, campanas señeras!

¡ya resbalan las traineras
cual se desliza un ciempiés!
Las lanchas salen después
en grupo solemne y lento,
y con gentil movimiento
se debate el ancha vela
que, ansiándolos, se rebela
contra los besos del viento.

Y ¡allá van! Las ondas ruedan
sonoras bajo las quillas...
Todos van en las barquillas
pensando en los que se quedan.
Sus pobres chozas remedan
de sus dueños el pesar.
¡Quién, su vivienda al mirar,
la ve en la costa brumosa,
cual doliente faz ansiosa
mirando por verle al mar...!

¡Cuántos valientes, campana
gentil de la Cofradía,
de quienes tu voz sería
la ordenadora tirana,
salieron una mañana
obedeciendo á tu són
y en impensado turbión
les asaltó, entre la bruma,
muerte en que ahoga amarga espuma

desesperada oración!

. . . .

Cae la tarde: la flota
que impulsa rápido el viento,
se avecina en un momento
á la abrupta margen rota.
Semejante á una gaviota,
a navecilla resbala
la aguda proa acicala
con indolente donaire,
y de la costa al socaire
pliega, flameando, el ala.

Cuando el marino rendido
lega al puerto de reposo,
en el brazo musculoso
toma á su último nacido.
Besándole enternecido,
de sus penas se redime,
y avaros labios imprime
en su tez rosada y fresca,
con alegría grotesca
que el amor hace sublime.

Por sacar pesca y trebejos
bullen mujeres y chicos,
y corren los marierdicos
que guardan los aparejos.
Bajan renqueando los viejos

á ver el botín del día:
y prestando á la alegría
voz que al marinero alienta,
con el toque de la venta
resuena la Cofradía...

UN VETERANO

En la desierta esplanada
De antiguo fuerte ruinoso,
A un parapeto musgoso
La negra boca asomada,

Fiel guardián, que con recelo
El hondo valle vigila,
Viejo cañón se perfila
Sobre el trasparente cielo.

Cuando, al sol canicular
Sumido en vago sopor,
No alegra al valle el rumor
De campesino cantar,

Ni el mar cercano retumba,
Ni al viento el ramaje ondea,
Ni el avecilla gorjea,
Ni el alado insecto zumba,

En indolente pereza,
Adquiere en la lontananza
Cierta vaga semejanza
Con un león que bosteza.

Como en su amor á ias rnlnas,
En él, cansadas, detienen
Cuando del Africa vienen
Su vuelo las golondrinas,

Parece que, bondadoso
Porque siempre lo es el fuerte,
Él, instrumento de muerte,
Acoge al bando anheloso

Con el plácido cariño
Peculiar del héroe anciano,
Del glorioso veterano
A quien la edad hace niño.

¡Vieja reliquia deh onor!
¡Despojo que hizo temblar!
¡Himno mudo en que hay al par
Ecos de gloria y de horror!

¿Guardas del tiempo memoria
En que era, en la lucha incierta,
Tu voz el grito de alerta,
Y el canto de la victoria?

¿Duerme ó ha muerto el marcial
Arranque de indignación,
Que hizo vibrar de emoción
Tus entrañas de metal,

Cuándo, con furia que aterra
Al audaz que la provoca,
Lanzó tu humeante boca
Su ronco grito de guerra?

Cuando, tus propias hazañas
Al conmemorar rugiendo,
Despiertas con grato estruendo
Los ecos de las montañas,

Y en tu herido seno late
Ruda tempestad violenta,
Dí, cañón, ¿no te atormenta
La nostalgia del combate?

¡Ah! si en guerra no buscada,
Torpe legión invasora
Blandiese amenazadora
Sobre estas cumbres su espada,

Se oirá, de cólera lleno,
Y extremeciendo la tierra,
Tu hermoso canto de guerra
Retumbador como el trueno.

A la Sociedad *Laurak-Bat* de Buenos Aires

Por el torcido sendero
que en las verdes heredades,
con lindes de zarzamoras
serpentea entre maizales,
y al que plácida frescura
presta el tupido follaje
verde-oscuro en los castaños,
verde-claro en los nogales,
alegre trepa el cartero
sudoroso y jadeante.
Con qué impaciencia le aguardan
en los caseríos, sabe.
¡Pechos ansiosos le esperan!
¡le acechan ojos amantes!
¡labios ufanos le nombran!
¡manos trémulas le atraen!
¡Qué hermoso el día en que llegas
á visitar nuestros valles!
¡recuerdo de los ausentes!
¡correo de Buenos Aires!

¿Quéhechizo tiene esa carta
en sus líneas desiguales
que hace llorar á la novia

y sonreir á la madre?
¿Cómo tan alegre escribe
el que llorábais distante,
y en la América remota
como en los campos natales,
nombra alegres romerías,
recuerda vascos cantares,
y al son del *chistu* se alegra,
y en los frontones se esparce?
¡Laurak-Bat! Tú que evocando
nuestros escondidos valles
contra el egoista olvido
riñes fecundo combate!
¡por tí la Euskaria revive
más hermosa en Buenos Aires,
y están las madres vasconas
menos tristes, porque saben
que Sociedad bendecida
existe, piadosa y grande,
que al desvalido defienda,
que al abandonado ampare,
que dé alientos al que sube,
y compasión al que cae!
Sabe que en tí, desprendidas
de la cantábrica margen,
en la tierra americana
has conseguido que arraiguen
nuestras honradas costumbres,
nuestras fiestas populares,
nuestros varoniles juegos,

nuestras santas libertades:
que en tí, la patria perdida,
más bella por más distante,
labios amigos celebran,
manos honradas aplauden:
que cuando el hijo adorado
de sus fatigas descanse
en el *Laurak-Bat* le esperan
compueblanos que le amen,
¡que le hablarán en vascuence
de su pueblo y de su madre!

¡Qué hermoso el día en que llegas
á visitar nuestros valles!
¡recuerdo de los ausentes!
¡correo de Buenos Aires!

Á LA PATRIA EUSKARA

¡Henos, Madre, á tus piés! ¡Alza tu frente
Mustia y arada por la horrible pena
Del deshonor reciente,
Que, de entusiasmo llena,
Y ansiando compartir en tus pesares,
De laurel, ó de espinas, tu corona,
La juventud Vascona
Viene á inmolarlo todo en tus altares!
Véante recobrar las alegrías
De más dichosos días,
Y alzando altiva los dolientes ojos,
Por la amargura inacabable fijos,
Y por el llanto rojos,
Medire tus fuerzas y contar tus hijos.

Cuando suena el zortzico melodioso,
A un tiempo enamorado y belicoso,
(Fiero canto de guerra
Que al perderse en abrupta lejanía
Se impregna en la viril melancolía,
Del eco entre las cumbres de la sierra).
Hoy que lo noble y bueno
Se abate en ruinas bajo impulso aleve,

Y el pueblo honrado se convierte en plebe,
Y el canto popular en canto obsceno:
Al ver en tus hermosas campesinas
Franca alegría en las serenas frentes,
Y frescas y argentinas
Risas de niño en labios inocentes,
Hoy, que la adusta plebe que no reza,
Caduca, y sin vigor, y blasfemante,
Solo conoce ya la repugnante
Carcajada brutal de la impureza;
Viendo en tu raza laboriosa y fuerte,
Que próceres y honrados menestrales,
Como en la Ley, en la costumbre iguales,
Se respetan, contentos de su suerte;
Hoy que en guerra social, entre amenazas
De odio sin tregua de enemigas razas,
Se contemplan, con saña vengativa
Eligiendo cabezas para el tajo,
El injusto desprecio del de arriba,
Y el rencor implacable del de abajo;
Lleno de amor hacia mis patrios lares
¡Bendigo á la Fortuna,
Que hizo á la brisa, aliento de tus mares,
Acariciar mi sien desde la cuna!

Bardos de Euskaria que en gallardas rimas
Cantáis la tierra hermosa,
Que hacen á un tiempo plácida y grandiosa,
Risueños valles, é imponentes cimas,
¡Hoy la patria reclama á sus poetas!

Si en las terribles horas no olvidadas,
A ejemplo de los bíblicos profetas,
Con la vergüenza del estéril llanto.
En las frentes desnudas,
Lloráisteis al colgar del Arbol Santo
Gimiendo de dolor las arpas mudas,
Concertadlas con épica energía,
Aves que anuncien con su canto el día
De gloria y libertad... ¡Héroes obscuros
Aguardan vuestros mágicos conjuros
Para surgir de sus sepulcros yertos,
¡Ah! sembrad en el polvo de esos muertos
El germen de los héroes futuros!

Mas... ¿á qué recordar, si es más obscura
A la luz del recuerdo brilladora,
Negra noche de amarga desventura?
¡Qué alegres cantos si la Patria llora!
¡Si la brisa en los árboles se queja!
¡Si el templo de la Ley, mudo, desierto,
Sin creyentes, sin aras, ¡ay! semeja
Despojo secular de un culto muerto!

Nuevo siglo se acerca y nueva gente.
Ya el Gorbea imponente,
Helado ayer, como cobarde pecho
Al clamor de la Patria indiferente,
Su fúnebre sudario ve deshecho
Por honda llama. Y cuando el sol declina
Y su rojiza lumbre

Recorta y determina
El fiel contorno de la ingente cumbre,
Semeja, destacándose arrogante,
El pedestal gigante
De una estatua volcada,
Que aguarda solitario á que aparezca
Entre tu altiva grey regenerada
¡El héroe vengador que la merezca...!

PLANTANDO UN ROBLE

De aquel roble carcomido
Vetusto rey de mi huerto,
Que hoy yace por tierra muerto
Del rayo y la edad vencido.

De tanta sombra y verdor
Que nos prodigó piadoso,
Tú, renuevo vigoroso,
Serás fiel continuador.

Sé de mi modesta casa
Protector que el tiempo acrece.
¡Sé tú lo que permanece,
Aquí donde todo pasa!

¡Ah! ¿qué pobre sepultura
Solitaria y escondida
Transformará en nueva vida
Nuestra efímera envoltura.

Cuando aún tu copa elevada
Frondosa y exhuberante
Se dore al sol centellante
De la primer alborada?

¡Sobrevíveme! y si un día
Callaren extremecidos
Los pájaros de tus nidos
Por la loca algarabía

Que estalla en la verde alfombra,
¡Habla tú de sus abuelos
A mis rubios nietezuelos
Que jugarán á tu sombra!

Tú les harás recordar
Que un tiempo, en paz bienhechora,
Nos dió sombra protectora
Santo roble secular.

Y si con honda amargura
Lloran el perdido bien,
Y ceguedad nuestra ven
En lo que fué desventura,

Si en noble historia de honor
Que enorgullece y alegra,
Somos la página negra
Que se oculta con rubor;

Si en el duelo se complacen
Que en llanto estéril profiere
Llorando á un roble que muere
¡Diles tú cómo renacen!

Que la herencia ¡ley sagrada
Que no perdona ni olvida!
Cambia en raza envilecida
Al pueblo que se degrada.

Que tengan, por revivir
En robusta y brava gente,
Menos apego al presente
Y más fé en lo porvenir.

¡La abnegación que se nombra
Patrio amor en pechos nobles!
¡Y... muchos que planten robles
Que no les darán su sombra!

Á MI MADRE

(Á LOS 17 AÑOS)

Pensando en tí, madre mía,
descuelgo mi lira rota
qara arrancarla una nota
de dulce melancolía.
Con el recuerdo por guía
te busco lejos de mí...
Como á tu lado seguí
su senda toda fragancia,
¡no hay un recuerdo en mi infancia
que no me conduzca á tí!

En mi niñez toda risa
tuve, dichoso á tu abrigo,
tu seriedad por castigo,
dulce premio en tu sonrisa.
Mas la razón indecisa.
te reemplazó... ¡guía infiel...!
ya la conciencia, su hiel
me ha dado á beber por fin,
ando premia ¡qué ruin!
iando castiga ¡qué cruel!

¡Con cuanto afán, en mis años
más distantes del ocaso,
apartaste de mi paso
pesares y desengaños!
Aún hoy que sé que hay engaños
con disfraces seductores,
y légamos corruptores
tras las ondas cristalinas,
¡siempre tú, rompiendo espinas!
¡siempre tú, sembrando flores...!

Siempre en tu dulce y tranquila
mirada fija la mía,
la Patria amé, que veía
retratarse en tu pupila.
Hoy, que siento que vacila
cuanto es fé y cariño en mí,
¡aún la tierra en que nací
creo desnuda de abrojos...!
¿Cómo no, si fué en tus ojos
donde primero la ví...?

Tu presencia en bienandanza
mis penas todas convierte
y es la esperanza de verte
mi más risueña esperanza.
En lo que el recuerdo alcanza
de cuanto soñé ó sentí,

presente estás para mí,
¡porque no hay, madre querida,
ningún camino en mi vida
que no me conduzca á tí!

EL FRÍO DE FAUSTO

I

Se ve entre la nieve
flotar la bandera;
en pos el soldado
que va á la frontera...
Un tiempo al mirarla,
corazón maltrecho
con brusco latido
rompías mi pecho.
Hoy, ¡nada! venciste
vejez sabia y fría...!
¡hoy sé que es la Patria
palabra vacía!
¡que al muerto le entierran!
¡que olvida la Historia...!
¡que es cierto el peligro
y es falsa la gloria...!
y al ver al soldado
con pena me río...
¡El canta... y yo tiemblo!
¡Qué frío! ¡qué frío!

II

¡Qué juntos caminan!
¡qué espesa es la nieve!
la senda ¡qué larga!
su paso ¡qué breve!
El ciñe su talle
y lánguidamente
la hermosa en su pecho
reclina la frente.
¡No améis! ¡Os engañan!
Mentida promesa
fulgura en la ardiente
mirada que besa...!
¡Es gran Celestina
la vieja Natura!
Probaste sus filtros,
lozana hermosura,
y emplea tu fresca
juventud por cebo...
¡lá especie está hambrienta
y os pide un sér nuevo...!
Se besan ¡qué loco
feliz desvarío...!
La lumbre se apaga...
¡qué frío! ¡qué frío!

Á NAPOLEÓN III

Después dé la lectura de "Histoire d' un crime"

Una noche triste, oscura,
disfrazando ¡qué sarcasmo!
de aclamación, de entusiasmo,
el grito de la locura;
brutal soldadesca impura,
osó arrojar desleal,
de su ingente pedestal
á la hermosa Ley severa,
y desgarró su bandera
por darte un manto imperial.

Pronto, ahogado en sangre el grito
que estalló en rugiente nota,
diste por premio al patriota
la soledad del proscripto.
Después, en suntuoso rito,
irónica ó aterrada,
una mano consagrada
llamó del éxito en pos,
las bendiciones de Dios
sobre tu frente manchada.

¡Venciste! Yen de raredor
¡menguado y cobarde coro!
conciertan sus arpas de oro
la adulación y el terror.
Mas ¿qué acento vengador
vibra turbando tu sueño
al clamar con firme empeño
que no hay trabajo que ablande:
Ese que parodia al Grande
es Napoleón el Pequeño?

¡Es él! Cuando esclava grey
canta tu mentida gloria,
por su voz, la eterna historia
te fustiga en Guernesey.
Al proscrípto por tu ley
convierte el genio en titán.
¿Por qué tiemblas con afán,
si leyendo en tu destino,
el día de Solferino
te profetiza á Sedán?

¿Por qué la melancolía
toma en tus festines plaza,
cuando tremenda amenaza
retumba en su profecía?
¿Por qué sudor de agonía
hiela tu frente al brotar

cuando halla el genio sin par,
espanto de los que oprimen
«pocas á lavar tu crimen
las negras olas del mar...?

¡Ay! comprendes que al dejarte
de tu poder los testigos,
por sus terribles «Castigos»
aprenderá el mundo á odiarte.
Sabes que el grito del arte,
vibra eterno y destructor,
y con angustia y pavor,
lees en tu conciencia inquieta,
que envía Dios á un poeta
por Juez de un Emperador.

EL PLACER Y EL DOLOR

¡Fides spes!

En blando tríclinio hundido,
por el bostezo acosado,
de reposar fatigado
y entre pieles aterido,

vió sibarita opulento,
crecer la curva silueta
de un anciano anacoreta
demacrado y macilento.

Al verle, en tardo compás,
caminar torpe y rendido,
exclamó compadecido:
—¿Qué buscas? y ¿adónde vas?—

Venciendo su postración
alzó el monje la cabeza:
mostró ante tanta riqueza
más que asombro, compasión,

en mirada en que se ve,
no de la miseria el sello,
sino el vívido destello
del entusiasmo y la fé,

y dijo con lento hablar
de extático soñador:
—¿Qué voy buscando? ¡El Dolor!
y no lo puedo encontrar!

Al muelle culto pagano,
que adora un vago destello
de lo divino, en lo bello,
me arrancó un mártir cristiano.

Entre la angustia y horror
de *spoliarium* nauseabundo,
yo herido y él moribundo,
¡él mártir! yo gladiador...

vi en su frente pensadora,
de bondad paciente llena
y ante la muerte serena,
el resplandor de una aurora.

«Si anhelas—dijo—á la luz
de la infinita Verdad,
vivir una eternidad,
¡llora abrazado á tu cruz!»

Y esta fué su noble y tierna
dolorosa despedida:
—¡Sufre mucho en esta vida
para merecer la eterna!—

Y ansiando el mudo pavor
del silencio; con enojos
de sentir, viva, en mis ojos,
la caricia del verdor,

caminé con rumbo incierto,
sin norte, desorientado,
hasta que me ví cercado
por la aridez del desierto.

Ni un árbol, ni un matorral,
nada viviente, rompía
la inmensa monotonía
del ilímite arenal,

que yacía en honda calma...
¡Sepulcral silencio yerto!
¡Qué clara en un mundo muerto
resuena la voz del alma!

Mas ¿y el dolor? ¡ilusión!
En el desierto abrasado,
recé y lloré, enagenado
de extática admiración.

El vivo sol ¡qué portento!
las tenues nubes ¡qué bellas!
y ¡qué fulgurar de estrellas
en el ancho firmamento!

Hizo surgir del abismo,
fresco, y alegre, y pomposo,
verde oasis delicioso,
la magia del espejismo.

Iba del silencio en pos...
rugió el simoun... bramó el trueno
y admiré el desierto lleno
por el hálito de Dios...

¿En dónde encontrar mi cruz
si, en el fondo de mi sér,
vibra en himnos de placer
la caricia de la luz?

Llegué á caverna que espanta,
yací, teniendo á mi lado
solo un cráneo descarnado
que rodó bajo mi planta,

y allí, sin luz del cielo,
me anegué en la sombra obscura...
¡Ay! tendió en la roca dura
el musgo su terciopelo...

Ví en la sombra, florecillas
sin perfume ni colores,
ví de insectos bullidores
las vivientes maravillas

y el cráneo, cuya fealdad
me acongojó de tal suerte,
prometiéndome la muerte,
me habló de la eternidad.

¿Me impongo en mi calentura
sed delirante y rabiosa?
¡Luego el agua cenagosa
me embriaga con su frescura!

¿Yazgo hambriento? Extasiado,
en mi inerte inanición,
miro espléndida visión
surgir radiante á mi lado

y con delicia ilusoria
veo á su luz increada,
que ante mi débil mirada
se va entreabriendo la gloria.

¿Estás de mí fuera ó dentro,
cruel pesar? ¿En qué consistes?
¡Mentira! ¡Dolor, no existes...!
¡Yo te busco y no te encuentro!—

Revelando su estupor
en el rostro pensativo
que, al comienzo compasivo,
se tornara admirador,

El sibarita, sintiendo
que ponía en su camino
lección viviente el desotin,
exclamó:—¡No te comprendo!

Que quieres sufrir... ¿deliras?
¡Si él mirarte causa pena!
¡Si el cruel pesar envenena
hasta el aire que respiras...!

¡Que no encuentras al Dolor,
que es llanto amargo al nacer,
y bostezo en el placer,
y ansia horrible en el amor...!

Está en cuanto miro y toco:
es cansancio y es pavura...:
largas horas de amargura
tienen por causa tan poco,

que pasé eterna y tediosa
noche de insomnio y despecho,
porque se plegó en mi lecho
el pétalo de una rosa.

Fuí del goce adorador;
pero vine á comprender
que la senda del Placer,
da en celadas del Dolor.

¡Triste Placer...! ¡Mucho lodo
y al final de la jornada:
—Corazón ¿qué esperas?—¡Nada!
—Corazón ¿qué temes?—¡Todo!—

En cuerpo y alma ¡qué frío!
la amarga vida me pesa...
cuanto alumbra y embelesa,
me causa rencor y hastío;

¡el matutino arrebol!
¡los perfumes! ¡los colores
¡y los roncos ruiseñores!
¡y la estupidez del sol!

Y ¡qué desconsuelo inerte
en el alma dolorida...!
qué cansancio de la vida
y qué miedo de la muerte...!

Y ¿eres, pobre soñador
que marchas tardo y rendido
abrasado ó aterido,
quien desconoce al Dolor?

Honra mi morada, anciano,
sé mi ejemplo, mi sostén,
que, al ver tu noble desdén
hacia el sufrimiento humano,

he sentido renacer
algo que muerto creía...
¡Por tu viril valentía
sé que aún existe el Placer!—

Del viejo la faz serena
se anubló: mostró hondo espanto
y, conteniendo su llanto,
murmuró absorto:—¡Qué pena!...—

LA VIRGEN DE LA BLANCA

Del templo en los umbrales, erguido en la colina
en cuya breve falda Vitoria se reclina,
por ver del valle espléndido el dilatado mar,
sin arabescos de oro ni prestigioso velo,
el vivo sol por lámpara, sin más dosel que el cielo,
de nuestra Virgen Blanca se eleva el tosco altar.
De la ciudad, en torno, se agolpa el caserío;
más lejos, fresco llano donde sesgado río,
divaga y se adormece por la feraz región;
tal es el templo augusto que ofrece á su Patrona
Vitoria, ¡sus rumores son cánticos que entona!
¡el himno agradecido de un pueblo en oración!
Allá en la negra noche, cuando se nubla el cielo
como si Dios airado cubriese con un velo
su rostro, al ver del hombre la torpe iniquidad,
un luminoso círculo la anuncia en lontananza:
¡Constelación dichosa que enciende la Esperanza!
¡Collar de cuentas de oro que engarza la Piedad!
Y el triste campesino que en la desnuda choza,
sobre aterido, hambriento, tras maldecir solloza,
¡pobre alma á quien abruma el peso de su cruz
siente que afán de vida sucede á su tristeza,

y cãe de rodillas y enternecido reza
si á divisar alcanza la misteriosa luz!
Que aquel incierto rayo, semeja la mirada
de compasiva madre que del dolor se apiada;
¡cuál brilla! ¡cuál conforta la suave claridad!
al verla, el niño huérfano que abandonado gime
contempla mitigada la angustia que le oprime:
¡la Virgen, dulce madre, le vela en su orfandad!
Y cuando en primavera, del sol al tibio rayo
despierta la campiña y esparce alegre Mayo
su nieve perfumada sobre el espino en flor,
en plácido concierto de aromas y colores,
la ofrecen el tributo de las primeras flores:
¡tierna expresión poética de gratitud y amor!
Doncellas, si os azotan los mares de la vida,
si la ilusión que muere ante un amor que olvida
dejase en vuestras frentes el surco de un pesar,
al ver desierto el mundo y ennegrecido el cielo,
¡venid, venid en busca de calma y de consuelo
de nuestra Virgen Blanca ante el risueño altar!
Contadla vuestras penas: aun la pueril congoja
que al fin balbuce el labio, mientras la frente roja
se oculta en el amante regazo maternal...
¡Volved á sus altares el rostro ruboroso!
¡Es tierna protectora del casto amor hermoso!
¡Propicia á los anhelos del pecho virginal!
Amadla, porque es Ella la que defiende y cura
de vuestras almas vírgenes la cándida frescura,
que agosta con sus hálitos ardientes la pasión:
¡amadla, dulce guía y ejemplo bendecido!
¿No véis en su sonrisa (¡sonríe y ha sufrido!)
auroras de esperanza y frases de perdón?

¡Ah! tristes cuyos ojos entenebrece el llanto,
y véis luctuoso el cielo, la vida sin encanto,
trocado en negra noche del alba el arrebol.
¡Venid, que su mirada, tan dulce á quien la implora,
las penas cambia en dicha, como se alegra y dora
la tormentosa nube, cuando la inflama el sol!

EL PODER DEL ARTE

—¡Qué estreno! ¡Qué ovación! ¡Hermoso
[drama
¡Qué escena aquella en que á la noble dama,
Con ademán que el hambre desaliña,
Pide limosna la inocente niña!
Y la cruel la rechaza. ¡Ay Dios! ¡qué pena!
He llorado como una Magdalena.—
Esto, al salir del teatro, repetía
Trémula de emoción doña Lucía,
Cuando al cruzar obscura callejuela,
Surgiendo de la sombra una chicuela,
Le pidió una limosna ¡qué oportuna!
Quejumbrosa y tenaz como ninguna.
—Trabaja y no importunes, hija mía,—
Irritada exclamó doña Lucía.
¡Qué horror! lo mismo que irritada exclama
la *cruel* señora en el *hermoso* drama!

¡Y era real y sentida
Su artística emoción...! ¡Y dolorida
La escena al recordar, conmovedora,
Llorando aún le sorprendió la aurora!
Y ¿cómo no llorar? Tenía el llanto

De la falsa mendiga ¡tal encanto!
¡Tan doliente expresión! ¡tanta dulzura!
En cambio ¡qué dureza! ¡qué amargura
En la ronca plegaria lastimera
De la pobre mendiga verdadera...!
¿No crees lector, cual yo, que demostrado
Está con lo que escribo,
Que tiene, entre lo vivo y lo pintado,
Más verdad lo pintado que lo vivo?

Á UNA CORTESANA

¡Ay de tí, cuando al pié de tu lecho
Con su pálida faz pensativa
El arcangel fatal del recuerdo
Melancólicamente sonría...!

¡Ay de tí, cuando bese tu frente,
Y su suave caricia,
Pueble al punto tu insomnio de alegres
E inocentes recuerdos de niña!

Y ¡ay de tí, cuando tienda sus alas,
Y en la noche callada y sombría,
Al pensar en tu infancia solloces,
Y en tu madre al pensar, te maldigas!

LA CRUZ DE HIERRO

Rasga las sombras
hórrido incendio,
y sus rojizos
tristes reflejos,
tiñen de sangre
cercano templo.
Al alta cúpula
llegan inciertos:
pero queda perdida en la sombra
la cruz de hierro.

Muere la noche,
el vasto cielo
se hace más diáfano
cada momento,
y el sol naciente
con rayo trémulo,
antes que el campo,
antes que el templo,
tiñe de oro y de luz nacarada
la cruz de hierro.

A ella en tributo
de amor inmenso,
el sol dedica
su primer beso.
De las pasiones
puede el incendio
teñir de sangre
los santos templos;
pero nunca manchar con sus rayos
la cruz de hierro.

UN IDILIO DEL PAÍS

Á MI AMIGO RAFAEL ROCHELT

¡Pararás en San Baudilio
y... antes de mucho: sí, á fé.
¡Hombre! ¡me gusta el *tupé*
con que pides un idilio,

aquí que se van los días
mientras se paga y se cobra,
sin que haya tiempo de sobra
que perder en tonterías

de versos... ¡parva materia!
¡pamplinas...! ¡cosas, en fin,
como dice Valentín,
dé persona poco seria!

Amorcillos y beneles
sabiendo que vale aquí
para conseguir un ¡sí!
más que un—¡Mi bien!—un—Mis bienes...—

Aquí que Abriles y Eneros
se ligan sin arrebato,

en matrimonial contrato
de cifras de muchos ceros...

Y aquí, en fin (y no es despecho,
ni exaltación de mi mente)
donde crèo firmemente,
que hasta los niños de pecho

del hombre vagos remedos,
al agitar enlazadas
sus manecitas rosadas,
¡es que cuentan por los dedos...!

Pero, qué—¿frunces el ceño
dudoso de lo que digo?
Pues, nada, Rafael, amigo,
voy á ceder á tu empeño,

refiriéndote en un tris
curiosa anécdota histórica,
ejemplo en nuestra Retórica
de un idilio... del país.

Una morena hechicera
ha estado á punto... ¡qué horror!
de hacer de mí un fumador
porque es... ¿lo diré?... estanquera.

¡Una niña! en el Abril
de la existencia, risueño

en que duerme el alma el sueño
de la ilusión juvenil.

Breve y delicioso albor
de la pasión y el deseo,
en que se ama, según creo,
más que al amante al amor.

La rondé con tal porfía,
que, á pesar de su despego,
á mis miradas *de fuego*
tembló... ¡por su mercancía!

¡Cuántas veces, ¡qué arrapiezo!
ví en su rostro grave y frío,
donoso mohín de hastío,
fiel precursor de un bostezo!

¡Cuántas me vió, con placer,
por mirarla... tropezar!
¡cuántas me oyó suspirar...
como quien oye llover!

Mas llegó al idilio: un día
cobré en la Administración
la fuerte consignación
mensual de la Batería

toda en billetes de Banco,
y los contaba calmoso

detenido y cuidadoso,
cuando *á cosas* del estanco

á entrar la chicuela acierta
que al divisarme en tal guisa,
absorta, muda, indecisa
quedó... con la boca abierta.

Alcé, sintiendo el calor
de su mirada la mía...
¡qué arrobadora lucía
turbia mirada de amor!

La muy... venal: no me explico
por qué no le dí un sopapo:
con la pasión de un:—¡qué guapo!—
leí en sus ojos:—¡qué rico...!

Y no armé allí, por un tris,
una de esas que se cuentan.
Desde entonces ¡me revientan
los idilios del país!

SERENATA VENECIANA

(Lo que ***se ve*** **oyendo una «Romanza sin palabra» de Mendelsson)**

Terso canal que retrata
á Venecia en su sopor...,
de pronto la serenata
surge del cauce de plata
como un lamento de amor.

Es amor correspondido
el que inspira esa canción:
¡jurára que extremecido,
conteniendo su latido
la recoge un corazón...!

No hay en la canción sonora
del frío desdén la huella,
ausencias tristes deplora,
pero las penas que llora
no son causadas por *ella*.

¡Cuán melodioso resalta
el enamorado acento
en la noche tibia y alta,
del agua que al remo salta
al dulce acompañamiento!

De pronto la cuerda estalla...
Se cierra una celosía...
Tras de traidora batalla
se oye un grito de agonía...
Se hunde un cuerpo... y todo calla...

Y copia terso el canal
á Venecia en su sopor...
que en él tienen por igual
Amor y Crimen fatal,
misterioso encubridor.

ELEGÍA

¡Murió! ¡Por más hermoso
le prefirió la muerte...!
El blondo pajecillo
de nuestro amor deleite,
que con la gracia inquieta
con que las aves suelen,
mezclaba en sus caricias
arrullos y esquiveces,
¡sobre la almohada apoya
que al blando peso cede,
como una flor tronchada
su cabecita inerte...!

¡Glacial, descolorido,
el labio sonriente,
de regalados besos
tan pródigo otras veces!
¡Sin luz los grandes ojos
parleros é inocentes!
y el rostro que hechizaba
por su candor alegre
¡fatal misterio encierra
de majestad solemne

dentro del marco de oro
de sus cabellos tenues...!

¡Mi bien! ¿Por qué tendiste
las alas impaciente?
Ya sé que hay en la infancia
tan adorables seres
que el mundo envilecido
guardarlos no merece!
¡El mundo envilecido
que ante sus plantas tiende
el fango que les mancha
y espinas que les hieren...!
¡Hacia tus tristes padres
desesperados, vuelve,
que haciendo su tesoro
de tus reliquias, vierten,
negándose al cobarde
olvido indiferente,
su llanto, ante el revuelto
montón de tus juguetes...!
Diles, con la inefable
dulzura con que vierten
los ángeles consuelos
en la turbada mente:
—¡No me lloréis, que al veros
desconsolados siempre,
aún la mansión del Cielo
me angustia y me entristece!
¡No he muerto, padres míos!

¡los ángeles no mueren!
Aguardo al pié del Trono
del Dios omnipotente
la hora feliz que al cabo
nos una para siempre.
¡Cuando de la existencia
tras la jornada breve,
lleguéis al fin, maltrechos
por la ruindad terrestre,
al sol de eterna vida
cuyo fulgor perenne
revelan y agigantan
las sombras de la muerte!

EL BARRIO DE LA JINDAMA

«Así llamaban los granadinos al barrio de barracas, improvisado por los que huían de los terremotos.»

(*El Imparcial.*)

En un llano, en las afueras
de la morisca Granada,
llena de asombro la Luna
envuelve en rayos de plata,
todo un barrio improvisado
de construcciones extrañas,
donde se alzan en confusa
pintoresca mescolanza
entre aduar y campamento
de errante tribu jitana,
los barracones de feria
junto á tiendas de campaña.
Entre ellas de las hogueras
la rojiza alegre llama,
tiñe de vivos fulgores
muchedumbre abigarrada.
Allí el mendigo y el noble,
la labradora y la dama,
por igual desdicha unidos,
presa de las mismas ansias

náufragos de sus hogares,
lloran con las mismas lágrimas:
¡tal confunde el terremoto
el palacio y la cabaña,
que al desplomarse en rüinas,
mezclando escombros se abrazan!
En él encuentra un refugio
cuanto resta de Granada,
pues trocó el paterno techo
protección por amenaza.
Y con la gracia andaluza
animosa y resignada,
con la valiente alegría
que es un reto á la desgracia,
le bautizan con un chiste
¡prueba del temple de un alma!
y brilla dulce sonrisa
en ojos llenos de lágrimas,
ante el pintoresco nombre
del barrio de la Jindama.

II

Aunque (obra de ese arquitecto
que se llama la Desgracia)
fué edificado llorando
entre duelos y plegarias,
ya en la noche de esa pena,
va amaneciendo la calma.
Ya da al viento en los corrillos

su alegre son la guitarra,
ya dulce voz melodiosa
llora fingiendo que canta;
ya se ven en las callejas
novios que pelan la pava
¡que es planta el amor tan firme
que aun en las ruinas arraiga!
Ya los míseros hogares
ilumina la esperanza,
pues saben que sus hermanos
aun desde distantes playas,
haciendo propia la pena
piden su parte de lágrimas.
Saben que techos y muros
reemplazarán sin tardanza,
á las cubiertas de lona
y los tabiques de tabla
y para entonces, gozosos
nuevo bautismo preparan.
¡La Gratitud será el nombre
del barrio de la Jindama

Á BILBAO

En horas de dolor y angustia llenas,
Derramaste, á ser libre decidida,
Sobre incendio de guerra fratricida
Los torrentes de sangre de tus venas.
¡Libres somos, por tí...! Las rojas menas
Que en tus montes simulan ancha herida
Hoy ofrecen á España agradecida
Buques, armas, arados... ¡no cadenas!
¡Modesto vencedor! ya nada advierte
Su triunfo en él: no olvide, nos perdona
Sin vano alarde que desdeñe el fuerte.
Y el solo monumento que pregona
Que por tí, Libertad, retó á la muerte
¡Está en el cementerio de Mallona!

ENIGMA

¡Enigma de amores! ¿quién finge? ¿cuál miente
Si hay fuego en sus ojos y hay nieve en su frente?
¿Qué callan sus labios? ¿pasión ó desdén?
¿Desprecia altanera ó ignora inocente?
¿Serás á mis ruegos impía ó clemente?
Amor ¿qué me espera? ¿infierno ó edén?

¡La paz de su pecho no turba un latido!
¿Se esconde un cadáver, ó un ángel dormido
que sueña en amantes caricias, en él?
Amor, ¿es que has muerto ó que aún no has nacido?
¡Abrase tu llama su pecho aterido!
¡Difunde en sus venas tu ardor dulce y cruel!

ANDALUZADA HISTÓRICA

—Tengo yo un primo Marqués
tan rico que es por demás.
Le ataban corto: ¡ya ves
siete mil reales al mes...!
¡Y que no le daban más...!
Claro está que ese dinero
se le marchaba en un brinco:
rumboso y aventurero
cobrando el día primero
no tenía un cuarto el cinco.
Estando el pobre chiquiyo
sin un duro en el bolsiyo
ni un cigarro en la petaca
tuvo que ir á un bailesiyo...
ya sé: en la embajada Austriaca.
Eran los más elegantes
él y Fernández de Castro.
Se vió sin guantes flamantes
¿quién se apura por los guantes?
se fué á comprarlos al Rastro.
—¿Tiene usted guantes?—Sí tal.
Y muy regüenos...—A verlos...
Estos dos...—Cuenta cabal
¿Dos pares? Pues un real

y este santo pa engolverlos...—
Lo del baile me lo cayo...
¡si el Embajador le adora
salen juntos á cabayo
y él le trata de tocayo
y de tú la Embajaora...!
A la mañana siguiente
se cuela allí de repente
un pintor ¡juy! de primera...
que vive frente por frente
y al ver *lo* de la prendera
empieza *á* gritar furioso
—¿Quién te ha *dao* esto chiquiyo?
—¡Déjame dormir lioso...!—
—Pero, hombre, ¡si esto es precioso!
¡Si es un cuadro de Muriyo...!—
—¿De verdá?—
—Lo que oyes—
—¡Choca!
¡Vaya una suerte más loca...!
¡Lo vendo que estoy sin blanca!—
—Llévaselo á Salamanca
y pide por esa boca...—
Va al Intendente... ¡puñales!
se lo yeva á don José,
vuerve y le dise—¡Formales!
¿Por cuánto lo vende usté...?—
—Pues quiero... dose mil reales.—
Ya ves que ¡qué presio tan vil...!
¡si no entiende de interés

quien se bañó en el Genil!—
—Tengo órdenes del Marqués
de darle á usted treinta mil.—
Se los metió en el bolsiyo
y ¡juerga hasta el mes siguiente!
¡tiene una suerte aquel piyo...!
y ¡carcula tú el piquiyo
que se guardó el Intendente...!

EL TRÓPICO

Disputaban mano á mano
si la octava maravilla
era la Habana ó Sevilla,
un andaluz y un cubano.
Ponderando su fortuna
con verbosidad que aterra,
cada cual puso á su tierra
por los cuernos de la Luna.
El cubano adicto á Baco
se rindió á la manzanilla,
el andaluz dió á Sevilla
primacía ¡hasta en tabaco!
Y por fin á medios pelos
sin cansarse los malditos,
establecieron á gritos
deliciosos paralelos.
Entre el jaleo y el tango,
y la barbiana y la niña,
y la naranja y la piña,
y el melocotón y el mango.
—Si á frutos nadie nos gana.—
—Que se calle osté ¡so güasa!—
—Pero ¿no mira que pasa
el Trópico por la Habana?—

—Dise osté que pasa... ¿quién?
¡Ah! que pasa el... pues, el... ¡eso!
Pues, camará, ¡dió osté en güeso!
¡Y por Zeviya también!—
—¡Qué me dice! ¿está soñando?—
—¡Que sí pasa! ¡qué porfías!
No diré todos los días,
pero así, ¡de vez en cuando...!—

Á SU VELO

¡Al fuego fúnebre velo
que, con empeño envidioso,
de su rostro delicioso
quisiste nublar el Cielo!
Red que interpuso falaz
no sé cuál genio traidor
enemigo del Amor,
entre mi labio y su faz...
Mas... ¿abrasarle?... ¿qué intento?
¡manchar con torpes agravios
lo que rozó con sus labios
y extremeció con su aliento?
¿Con qué ciego frenesí
este recuerdo destruyo
si por haber sido suyo
ya es sagrado para mí?
Dime, solo, por calmar
la fiebre conque deliro
si en alas de algún suspiro
viste mi nombre pasar.
Si al ver mi amante embeleso,
si ante mi pasión sumisa
no interrumpió su sonrisa
rápida intención de un beso...

Y hoy que con mudo lamento
lloras de la suerte agravios
pues, ni te rozan sus labios
ni te acaricia su aliento
y, por calmar el dolor
que en su ausencia te consume,
guardas su grato perfume
como recuerdo de amor,
me venga de tí, tu estrella
tan implacable contigo,
¿existe acaso, un castigo
como el vivir lejos de ella?

UN TIMO Á DIOS

Brindis pronunciado en un banquete dado en Trubia al Capitán de Artillería señor Sarmiento, Agregado á la Legación Portuguesa en Madrid, á raíz de los sucesos de Lourenço Márquez.

Cuando en formidables trazos,
perplejo y meditabundo
Dios, con sus potentes brazos,
iba haciendo á montañazos
la distribución del mundo,
queriendo al Ibero aislar,
con avariento deseo
tendió un mar, luego otro mar,
pegó un tajo en Gibraltar
y amuralló el Pirineo.
Durmiose del lance en pos
y diz que al volver en sí
refunfuñó:—¡Vive Dios!
¿no puse yo un pueblo aquí?
¿Cómo me parecen dos?—
Dudoso, estuvo en un tris
que nos largara un revés:
—Conque ¿sois dos? Pues ¡mentís!
¡Vamos á ver si os unís!—
Y nos despachó un *inglés*...

Quien trabajó con tal celo,
con tanta codicia y saña,
que hoy, sin honra y sin consuelo,
juntos Portugal y España
ponen el grito en el Cielo.
¡Juntos! ¿Qué unión decidida
que más clara se revele?
¡Bien haya la torpe herida
que juntos nos consolida,
pues, como propia nos duele!
Brindo porque, en paz y en guerra,
sean muy pronto *una* en *dos*,
vuestra tierra y nuestra tierra...
¡No nos castigue Inglaterra
por haber timado á Dios!

Á UN ESCRITOR

Rompe de la rutina el cautiverio,
Y, candente el estilo que acicalas,
Lleva, rasgando pudibundas galas,
Al escondido cáncer, el cauterio.
Huella del vicio el tenebroso imperio,
Y en lupanares, ó en lucientes salas,
Disipe el aura de verdad que exhalas
El turbador perfume del misterio.
Mas ¡ay! si cambia pérfido, el que hostiga
En sus antros de sombra al vicio ignoto,
La antorcha de la afrenta, en luz que instiga.
Cuando caiga á tus piés el velo roto
Ni acaricies erótico... ¡fustiga!
¡Grande fué Juvenal! vil Galeoto!

PESIMISMO Y OPTIMISMO

ANTE UN ROSAL

(Pensamiento de Alfonso Karr)

—Dices que Dios nos ama... ¡desatinas!—
—¡Mira las prendas de su amor hermosas!—
—¡Halló la rosa y la cubrió de espinas!—
—¡Halló la espina y la escondió entre rosas!—

DOS MÚSICAS

Me juró que me amaba... Era el primero
Yo era entonces muy niña y... le creí,
Y fué su acento que juzgué sincero,
Celeste melodía para mí.

Del cruel desengaño los tormentos,
Fueron el premio de mi amor leal...
Hoy son ya para mí los juramentos
¡Música celestial!

EN LA CÁRCEL

—¿Quién á tan triste lugar
te pudo, Fabio, traer?—
—¿No te lo han dicho! ¡El deber!
Es decir, el no pagar...—

ÍNDICE

